

**BOLETÍN OFICIAL  
DEL OBISPADO  
DE ASIDONIA-JEREZ**

ÉPOCA II

AÑO IX

ABRIL-JUNIO 2009

NÚMERO 34

*Edita:* Obispado de Asidonia-Jerez

*Dirección Postal:* Casa de la Iglesia. Plaza del Arroyo, 50 - 11403 Jerez

*Director:* Juan Ortega Álvaro

*Administración:* Administración Diocesana

*Relaciones Públicas, Extensión y Distribución:* Petra Ruiz Bustillo

*Teléfono:* 956 33 88 00

*Fax:* 956 33 85 61

*Página web:* <http://www.diocesisdejerez.org>

*Correo electrónico:* [boletin@diocesisdejerez.org](mailto:boletin@diocesisdejerez.org)

*Imprime:* Sta. Teresa. Ind. Gráficas, S.A. Sanlúcar de Bda.

*Depósito Legal:* CA 323/01

## SUMARIO

	<b>Pág.</b>
<b>I.- IGLESIA DIOCESANA</b> .....	207
I.1.- DOCUMENTACIÓN EPISCOPAL .....	209
I.1.1.- HOMILIA DE DESPEDIDA DE LA DIÓCESIS DE ASIDONIA-JEREZ en la S.I. Catedral (24 de mayo de 2009) .....	211
I.1.2.- AGENDA PASTORAL DEL SEÑOR OBISPO .....	217
I.2.- CANCELLERÍA – SECRETARÍA GENERAL .....	219
I.2.1.- Decretos .....	221
I.3.- DELEGACIONES DIOCESANAS .....	225
I.3.1.- Medios de Comunicación Social: Sele- cción de Noticias Diocesanas.....	227
<b>II.- OBISPOS DEL SUR</b> .....	233
II.1.- NOTA de prensa. CXIII Asamblea de los Obis- pos del Sur de España (20 de mayo de 2009) .....	235
<b>III.- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA</b> .....	239
III.1.- Carta de los obispos de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis sobre la enseñanza de la religión católica en la escuela (16 de marzo de 2009) .....	241
III.2.- Nota final de la XCIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española (24 de abril de 2009) .....	244
III.3.- NOTA de la Secretaría General de la Conferen- cia Episcopal Española ante las elecciones europeas (14 de mayo de 2009) .....	250
III.4.- MENSAJE de la Comisión Episcopal de Pas- toral Social. Festividad del Corpus Christi, Día de la Caridad (20 de mayo de 2009) .....	254

III.5.- MENSAJE de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social con motivo de la 43ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (24 de mayo de 2009) .....	261
<b>IV.- SANTO PADRE BENEDICTO XVI .....</b>	<b>267</b>
IV.1.- MENSAJE del Papa para la XLVI Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (20 de enero de 2009) .....	269
IV.2.- DISCURSO del Santo Padre Benedicto XVI a los participantes en la asamblea plenaria de la Congregación para el Clero (16 de marzo de 2009) .....	275
IV.3.- HOMILÍA del Santo Padre Benedicto XVI en la Celebración del Domingo de Ramos y de la Pasión del Señor (5 de abril de 2009) .....	279
IV.4.- DISCURSO del Santo Padre Benedicto XVI a un grupo de jóvenes españoles venidos a roma para recoger la cruz de la Jornada Mundial de la Juventud (6 de abril de 2009) .....	284
IV.5.- HOMILÍA de su Santidad Benedicto XVI en la Solemne Misa Crismal (9 de abril de 2009) .....	287
IV.6.- HOMILÍA de su Santidad Benedicto XVI en la Misa «In Cena Domini» (9 de abril de 2008) .....	293
IV.7.- HOMILÍA de Su Santidad Benedicto XVI en la celebración de la Vigilia Pascual (11 de abril de 2009) .....	299
IV.8.- HOMILÍA de Su Santidad Benedicto XVI en la Santa Misa del Domingo de Pascua (12 de abril de 2009) .....	305
IV.9.- MENSAJE Urbi et Orbi de Su Santidad Benedicto XVI (12 de abril de 2009) .....	307
IV.10.- HOMILÍA del Santo Padre Benedicto XVI en la Solemnidad de Pentecostés (31 de mayo de 2009) .....	311
IV.11.- INDULGENCIAS CON OCASIÓN DEL AÑO SACERDOTAL, Penitenciaria Apostólica (25 de abril de 2009) .....	316

***I***

**IGLESIA  
DIOCESANA**



# ***I.1***

**DOCUMENTACIÓN  
EPISCOPAL**





**I.  
1.  
1.****HOMILIA DE DESPEDIDA DE LA  
DIÓCESIS DE ASIDONIA-JEREZ  
en la S.I. Catedral  
(24 de mayo de 2009)**

Saludos.

1. Hace nueve años, quiso la divina Providencia que el recordado y admirado Papa, el Venerable Juan Pablo II, me designase obispo de esta amada diócesis de Asidonia-Jerez, para suceder al primer obispo de la misma, nuestro querido D. Rafael Bellido Caro. Parece que fue ayer cuando me presenté ante vosotros por mi nombre: “Soy Juan, vuestro hermano en la fe y vuestro pastor”. Lo hice siendo consciente de mi pequeñez y fragilidad humana. A la vez, tenía la certeza que debía ser fiel el Señor, que me llamaba a edificar una nueva etapa en esta Iglesia local.

Desde el inicio, y a lo largo de mi ministerio episcopal, sólo me he aferrado a la confianza en Jesucristo, mi Salvador y Señor, que todo lo puede y que nunca nos abandona (cf. 2Tim 1,12). Estaba seguro de que la ilusión del comienzo, “gastarme y desgastarme” por el Evangelio y ser obispo “de todos, con todos y para todos”, no se apagaría con las dificultades del gobierno pastoral. Así ha sido hasta ahora, cuando estoy a punto de dejar la Administración Apostólica de la diócesis, y de entregar el cayado de pastor a mi sucesor, Mons. José Mazuelos Pérez. Puedo confesaros, con el salmista, que “El Señor ha sido bueno conmigo”(Sal.144) y me concedió una “heredad hermosa”, que sois cada uno de vosotros: hermanos sacerdotes, diáconos, misioneros, religiosos, religiosas, padres de familia, educadores cristianos y fieles en general esparcidos por la geografía diocesana, desde la sierra a la costa pasando por la campiña. Todos habéis formado parte de mi vida, nunca me he visto solo, he sentido la fuerza de vuestras oraciones y el cariño que siempre me habéis dispensado. Puedo deciros que Jerez será “como

un tatuaje en mi corazón” (cf. Cant.8,6). Ahora, permitidme que, en esta despedida, parta el “pan de la Palabra” en esta Eucaristía de la Solemnidad de la Ascensión del Señor.

**2.** Hermanos, ¡No estamos solos! ¡No somos lanzados a la existencia, ni abandonados a nuestra suerte, sin más! Las lecturas proclamadas nos sitúan en lo esencial de la vida cristiana: somos seres peregrinos, nuestra meta es el cielo y, mientras caminamos en “este valle de lágrimas”, el Señor está con nosotros “todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). ¿No tiene hoy que arder nuestro corazón con el amor a Dios, que nos alienta en la esperanza y nos consolida en la fe? La vocación a la que hemos sido llamados no es la de heredar un poder de este mundo, sino la de entrar en la comunión plena con un Dios que ha “dado numerosas pruebas de que está vivo” (Hech 1,3) de que no es una pura idea o invención humana. Conseguir estar siempre con el Señor es la actividad más trepidante en la que nos debemos embarcar, si es que de verdad buscamos la auténtica felicidad. Ella se encuentra por el camino de la humildad y no de la soberbia, por el del amor hacia los otros y no de los celos.

No hay felicidad ni salvación personal que no pase por el prójimo. Por tanto, ganar “mi cielo” es hacer que otros lo puedan conocer. De ahí el mandato de Cristo, muerto, resucitado y que está en los cielos: “Id al mundo entero y pregonad el Evangelio” (Mc 16,15). Éste es también mi último deseo para toda la diócesis: “enamoraos apasionadamente de Cristo y de su Iglesia”, comunicadlo con alegría a todos, y estad siempre seguros que lo mejor que podemos hacer por esta sociedad de la increencia y de la desesperanza es dar la vida por Jesucristo y su Evangelio. Al final recibiréis el premio de la vida eterna.

**3.** Ahora os encomiendo a Dios y a su mensaje de gracia, que tiene fuerza para superar todas las trabas que los poderes de este mundo ponen al avance de la fe católica. ¡Sed siempre fieles al Papa y a vuestro obispo! Recordad, queridos diocesanos, aquellas palabras de San Ignacio de Antioquia: “todos los que son de Dios y

de Jesucristo viven unidos al obispo (¡sea quien sea!). No os engañéis, hermanos míos: si alguno de vosotros sigue a alguien que fomenta divisiones no poseerá el reino de Dios; el que camina con un sentir distinto al de la Iglesia no tiene parte en la pasión del Señor”. Parafraseando la despedida de San Pablo a la comunidad de Éfeso (cf. Hech. 20,17-38), puedo deciros que he servido a esta diócesis con entrega y gozo espiritual, no exento de algún sufrimiento Nada he omitido de cuanto os podía a ser útil. He enseñado en público y en privado; he tratado de llegar a todos sin acepción de personas. No me he olvidado de los pobres ni de a aquellos alejados de la Iglesia pero, a la vez he cuidado y luchado por los “noventa y nueve” que están en el redil.

Pero que duda cabe que ha habido deficiencias y a todos no habré podido llegar con la misma intensidad. Queda mucho por hacer y los retos apostólicos aumentan cada día. Bien sabe el Señor con cuanto interés he buscado vuestro bien. Si en algunas ocasiones no lo he logrado, por debilidades o pecados propios, pido humildemente perdón a aquellas personas que haya podido escandalizar, defraudar u ofender. Las obras de estos años que permanecen no son las piedras, ni los edificios o instituciones creadas y potenciadas. Sois todos y cada uno de vosotros, que habéis escrito “la gran carta de Cristo” (2Cor 3,3) en la vida de este obispo, que ha querido “servir a la Iglesia como ésta quiere ser servida” y que ahora el Papa Benedicto XVI ha tenido a bien encomendarle el Arzobispado Castrense de España.

4. Nada de lo hecho es fruto mío, sino obra del conjunto diocesano tan ricamente compuesto por sus diversas realidades pastorales, espirituales y apostólicas. La diócesis de Jerez es el resultado de mucho compromiso con la Iglesia, de la fe en Dios y del amor al prójimo. Un obispo es nada sin su clero, sin su pueblo. Dejo una Iglesia joven, con raíces cristianas muy antiguas, que, sin complejos ante las modas sociales, mira al futuro con esperanza. Es una Iglesia que sabe que en su seno hay mucha vida de santidad: en los monasterios de clausura, en los sacerdotes y diáconos que se multiplican en sus tareas para mayor servicio del pueblo de

Dios, en los matrimonios y familias cristianas –a pesar de la cultura anti-vida–, en los educadores cristianos y profesores de Religión que a pesar de tantas dificultades docentes y políticas, continuáis formando a niños y jóvenes, en los religiosos y religiosas de vida activa. Ellas y ellos enseñan a los más pobres, consuelan a los afligidos y dan comida diaria, ayuda y socorro, no sólo a indigentes, sino que, juntamente con parroquias y otros lugares sagrados, prestan auxilio a muchas de las víctimas de la actual crisis económica. Lo mismo puede decirse de los innumerables voluntarios y profesionales que trabajan en Cáritas, Manos Unidas y otras instituciones eclesiales.

A todo este mundo de caridad no son ajenas nuestras Hermandades y Cofradías que, en esta “sequía religiosa”, representan el “pabilo vacilante” de la fe cristiana en medio de una sociedad secularizada. Gracias a ellas muchos hombres y mujeres tienen una referencia cristiana en sus vidas. Para dar razones de nuestra esperanza a quienes nos pregunten, ahí está el Instituto de Ciencias Religiosas, donde los seculares encuentran un ámbito para crecer en la “madurez de Cristo”, lo mismo que nuestros seminaristas lo tienen en el Instituto Teológico S, Juan del Ávila. El futuro fructífero diocesano pasa por el aumento de las vocaciones, por la movilidad pastoral y por incrementar la formación del laicado. Junto a estas instituciones, y en el seno de nuestras parroquias, sigue activa la realidad de los nuevos movimientos eclesiales y comunidades, que son uno de los signos de los tiempos conciliares. Y todo ello, como dice la segunda lectura de hoy (Ef 4,1-13) “para el perfeccionamiento de los santos, en función del ministerio y para la edificación del cuerpo de Cristo”.

**5.** No debemos olvidar que una diócesis tiene una visibilidad institucional en el tiempo, en el espacio y en la sociedad. El obispo no sólo tiene las funciones de santificar y enseñar, sino también la difícil tarea de regir, en unos momentos turbulentos como los actuales, a la porción del pueblo de Dios a él encomendada. Por eso tuve siempre presente una máxima que aprendí del Apóstol de Andalucía, San Juan de Ávila: “el oficio público cruz es” ya que

“quien a hombres ha de regir, más hombre ha de ser”, “porque el mandar es cosa fácil y sin caridad se puede hacer; más llevar a cuentas flaquezas ajenas con perseverante corazón de las remediar e hacer fuerte al que era flaco, pide riqueza de caridad”. Esto lo he llevado a cabo con la inmensa ayuda que me han prestado mis queridos Vicarios Episcopales, delegados diocesanos, y todo el personal de la Curia. También ha contado, y mucho, la ingente labor callada del voluntariado católico que da vida a nuestro obispado, parroquias y otras instituciones de Iglesia ¡Gracias amigos!

**6.** El Señor Jesús nos dijo “dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Mc 12,17). Los apóstoles enseñaron a los cristianos a que orásemos por las autoridades legítimamente constituidas; lo hemos hecho de continuo (cf. 1Tim 2,1-3). Desde el respeto y la independencia de las instituciones, la Iglesia de Asidonia-Jerez ha colaborado con ayuntamientos y colectivos sociales en favor del bien común de nuestro pueblo. Nos hemos afanado en la búsqueda de la concordia, la justicia, la paz, la prosperidad y la cultura, guiados por mi lema episcopal “opus iustitiae pax” (la paz fruto de la justicia). Además, estamos convencidos de lo que nos decía Juan Pablo II: “la fe cristiana crea cultura, ella es cultura” y eso se debe a que “la Iglesia, como maestra en humanidad ofrece la cultura del amor y de la vida, de la que no puede prescindir la sociedad”. Esta cultura no debe ser excluida de los nuevos areópagos que son los *mass-media*. Hoy, cuando la Iglesia celebra la XLIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, os expreso mi agradecimiento a vosotros queridos amigos periodistas, por la estima y ayuda que me habéis prestado. Así mismo, mi reconocimiento y gratitud a las autoridades presentes, al Excmo. Ayuntamiento de Jerez y a las otras corporaciones municipales de los distintos pueblos y ciudades de la diócesis. Vaya también mi gratitud a la Excmo. Diputación de Cádiz y a todos los benefactores de esta comunidad diocesana que, con su generosidad, han hecho posible muchas de las realidades pastorales.

**7.** Finalizo invocando la intercesión de los patronos de la diócesis San Juan Grande y la Virgen Inmaculada para que nos

haga la “*merced*” de creced cada día más en la fe de Jesucristo, de caminar en esperanza y de ser reconocidos por la caridad hacia los más pobres y desvalidos, como lo hizo el santo samaritano de Jerez. Nos acogemos al amparo de Santa María, Madre de Dios y “*auxilio*” de los cristianos, para que Ella nos impulse y fortalezca en la misión evangelizadora en este tercer milenio, nos libre de nuestros enemigos y nos conduzca por el camino del bien.

¡Gracias amados hijos por todo lo que me habéis dado! ¡Que Dios os bendiga, os proteja y os guarde de todo mal! ¡Hasta siempre!

**I.**  
**1.**  
**2.**

**AGENDA PASTORAL del señor  
Obispo**

**5 de mayo de 2009**

Mons. Juan del Río presidió la celebración del día del patrón del clero San Juan de Ávila en la Casa de ejercicios de la Inmaculada de El Puerto de Santa María.

**19 de mayo de 2009**

Mons. Juan del Río formó parte del tribunal que valoró la tesis doctoral del sacerdote don Antonio López Fernández en la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla.





# ***I.2***

**CANCILLERÍA  
SECRETARÍA GENERAL**



I.  
2.  
1.

## DECRETOS

**JUAN DEL RÍO MARTÍN,  
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA  
ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE  
ASIDONIA-JEREZ**

Las Agrupaciones Parroquiales *mantendrán una íntima unión con la Parroquia, comunidad de fe y culto, para que “por medio de ejercicios de piedad espirituales y corporales, de la instrucción , de la plegaria y las obras de penitencia y misericordia” (SC 105) realicen los fines que le son propios, los cuales serán determinados por el párroco, dando testimonio de la fe, de la fraternidad cristiana y de la comunión eclesial con el Romano Pontífice y los Obispos (art. 3 de la Normativa Diocesana para las Agrupaciones Parroquiales).*

Habida cuenta del fervor popular de muchos cristianos de nuestra Diócesis que les mueve el culto piadoso nuestro Señor Jesucristo y a la Virgen María, y a tenor de lo establecido en el art. 4 de la Normativa Diocesana para las Agrupaciones Parroquiales,

**AUTORIZO** a al Rvdo. Sr. D. DIEGO MORENO BARBA, párroco de Nuestra Señora del Rocío para que constituya la **Agrupación Parroquial de LAS SIETE PALABRAS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, EN LA CRUZ, ÁRBOL DE VIDA, NUESTRA SEÑORA DEL ROCÍO EN SUS MISTERIOS DOLOROSOS Y SAN JUAN DE ÁVILA.** Esta agrupación mantendrá una íntima unión con la Parroquia y cumplirá los fines que el párroco determine en orden a procurar el crecimiento en la vida cristiana de sus miembros.

Para que así conste, lo firmo y sello con refrendo del Secretario General Canciller de este Obispado, en Jerez de la Frontera el 7 de abril de 2009, Martes Santo.

**+ Juan del Río Martín**

Administrador Apostólico de Asidonia-Jerez

Por mandato del Sr. Administrador Apostólico  
Secretario General-Canciller  
**Federico Mantaras Ruiz-Berdejo**

**JUAN DEL RÍO MARTÍN,  
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA  
ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE ASIDONIA-JEREZ**

Las grandes manifestaciones de religiosidad popular que existen por toda la geografía de nuestra Iglesia Diocesana son una realidad latente y palpable, pero de todas las manifestaciones, son las Hermandades y Cofradías el fenómeno asociativo más extendido y organizado en nuestra Diócesis, y que evidentemente *“ha contribuido grandemente al florecimiento de la vida cristiana entre nosotros”* (Carta de los Obispos del Sur, “Las hermandades y Cofradías”, 1987).

Por tanto, en función de mi responsabilidad de cuidar de que en las hermandades *“se conserve la integridad de la fe y de las costumbres y evitar que se introduzcan abusos en la disciplina eclesiástica”* (c. 305. 1) y siendo mi deseo y mi esperanza que las Hermandades y Cofradías puedan continuar siendo el cauce por el que muchos católicos alimenten su vida espiritual y apostólica, en uso de mi jurisdicción ordinaria, vengo a nombrar al Rvdo. Sr. D. **JUAN MANUEL SOTELO MAESTRE, Asistente Eclesiástico del Consejo Local de Hermandades y Cofradías de Arcos de la Frontera** por un periodo de cinco años.

Su función principal será “representar a la Autoridad Eclesiástica dentro del Consejo Local de HH y CC, asesorando a éste religiosamente en todos sus quehaceres, y orientándolo a la búsqueda de la mayor gloria de Dios, del bien público de la Iglesia y del bien espiritual de las Hermandades” (art 51. 1 de las Normas Diocesanas para los Consejos Locales de HH y CC). Además ejercerá diligentemente las funciones que se desglosan en el artículo 52 de estas mismas normas.

Para que así conste, lo firmo y sello con el refrendo del Secretario-General Canciller de este Obispado. Jerez de la Frontera, 5 de mayo de 2009.

**+ Juan del Río Martín**  
Administrador Apostólico de Asidonia-Jerez

Por mandato del Sr. Administrador Apostólico  
Secretario General-Canciller  
**Federico Mantaras Ruiz-Berdejo**

**JUAN DEL RÍO MARTÍN,  
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA  
ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE ASIDONIA-JEREZ**

El Evangelio, vivido en profundidad, es aún hoy una fuerza inspiradora que nos ha dado y nos sigue dando arte. Dado que nuestra Diócesis posee un enorme patrimonio cultural y artístico, es nuestro deseo dar a conocer estos tesoros y ser capaces de transformar en catequesis viva cuanto está presente en ellos.

Con este fin, fue nombrado el Sr. D. **JOSÉ MARÍA COLLANTES ORELLANA** como **DELEGADO EPISCOPAL PARA LOS TEMPLOS HISTÓRICOS DE JEREZ**, exhortándole a desarrollar su trabajo en estrecha coordinación con el Ecónomo Diocesano y el Delegado Diocesano para el Patrimonio y Relaciones Institucionales.

Para ayudar al Delegado Episcopal en el desarrollo de sus funciones, nombro una Comisión formada por los siguientes Vocales:

**Eugenio Sánchez Salas**, que ejercerá de secretario

**Enrique Soler Gil**

**Francisco Bazán Franco**

**Luís Cruz Sola**

**Fernando de la Cuadra Durán**

**Manuel Antonio García Paz**

**María José López Calvo**

**Miguel Monge Marín**

**Manuel Muñoz Natera**, en su condición de Presidente de la Unión de Hermandades.

**Pablo Pomar Rodil**

**Santiago Zurita Irigoyen**

Exhortándolos al fiel cumplimiento de su labor, lo firmo y sello con el refrendo del Secretario General-Canciller de este Obispado, en Jerez de la Frontera a 20 de mayo de 2009.

**+ Juan del Río Martín**

Administrador Apostólico de Asidonia-Jerez

Por mandato del Sr. Administrador Apostólico

Secretario General-Canciller

**Federico Mantaras Ruiz-Berdejo**

# ***I.3***

**DELEGACIONES  
DIOCESANAS**





I.  
3.  
1.

**MEDIOS DE COMUNICACIÓN  
SOCIAL**  
**Selección de noticias diocesanas**

**20 a 22 de abril de 2009**

**‘LA RELIGIOSIDAD POPULAR DE FRANCO A LA DEMOCRACIA’ ES EL TEMA DE LAS VII JORNADAS SOBRE HERMANDADES Y COFRADÍAS**

Tres conferencias dieron contenido, los días 20, 21 y 22 de abril, a las VII Jornadas sobre las Hermandades y Cofradías que organizó el Consejo Local de Hermandades y Cofradías. Tuvieron lugar en el Auditorio Juan Pablo II, del Obispado, comenzando cada día a las 20,30 horas.

Clausuradas por monseñor Juan del Río Martín, Arzobispo Castrense de España y Administrador Apostólico de Asidonia-Jerez, el programa se desarrolló según el siguiente detalle:

- Lunes 20 de abril.- **‘La Iglesia y Franco’**, por Juan María Laboa Gallego, catedrático emérito de Historia de la Universidad Pontificia de Comillas.
- Martes 21 de abril.- **‘El Concilio Vaticano II en España’**, por Juan Román Macías, profesor de Historia de la Iglesia en el Seminario de Mérida-Badajoz.
- Miércoles 22 de abril.- **‘La religiosidad popular de Franco a la Democracia’**, por José Antonio Domínguez Mateos.

**25 de abril de 2009**

**PRIMERA MARCHA DIOCESANA AL SANTUARIO DE NTRA. SRA. LAS MONTAÑAS**

La Delegación Diocesana de Juventud convocó la I Marcha Diocesana de Jóvenes al Santuario de Nuestra Señora de las Montañas, de Villamartín.

La cita tuvo lugar el sábado 25 de abril. Los participantes partieron desde la parroquia de Nuestra Señora de las Virtudes, radicada en la mencionada localidad realizando un recorrido a pie hasta el Santuario de la Virgen, Patrona del lugar.

Se trató de una jornada de convivencia entre los jóvenes de distintos movimientos, grupos, comunidades y parroquias que culminó con la celebración de la Eucaristía.

## **25 de abril de 2009**

### **LAS HERMANITAS DE LOS POBRES SE PREPARAN PARA DEJAR JEREZ TRAS 135 AÑOS DE ATENCIÓN A SU RESIDENCIA DE ANCIANOS**

Las Hermanitas de los Pobres, que llevan 135 años de atención ininterrumpida a su residencia de ancianos de la jerezana calle Domecq 4, se preparan para dejar tan entrañable labor en la ciudad. Las dificultades con las que se encuentran para mantenerla provoca una decisión que aún aguarda la determinación de la fecha en que se dará cumplimiento a ello.

El sacerdote Ignacio Gaztelu Pastor, rector del Seminario Diocesano, ofició, el sábado 25 de abril, la Eucaristía de despedida en nombre de monseñor Juan del Río Martín, administrador apostólico de Asidonia-Jerez, del que leyó una cariñosa carta dirigida a las religiosas de la Congregación de Hermanitas de los Pobres en Jerez de la Frontera.

Las religiosas llegaron a la que hoy es Diócesis de Asidonia-Jerez sólo veinte años después de que la Congregación, nacida en la francesa San Servan en 1839, recibiera aprobación pontificia en el año 1854. Es, por tanto, desde 1875 que realizan su labor en estas tierras sumando otra comunidad en El Puerto de Santa María.

Es menester insistir en que, por el momento, no existe fecha para que la marcha definitiva se haga efectiva. En su momento se hará saber por medio de un comunicado que realizarán las propias hermanas.

**28 de abril de 2009**

### **ENCUENTRO ANUAL DE PROFESORES DE RELIGIÓN EN CENTROS PÚBLICOS DE LA DIÓCESIS**

La Delegación Diocesana de Enseñanza celebró el Encuentro Anual del Profesorado de Religión en Centros Públicos de la Diócesis el martes día 28 de abril en el Hotel El Lago, de Arcos de la Frontera.

Este Encuentro, enmarcado en el Año Jubilar que la Iglesia celebra durante 2009 con motivo del bimilenario de Pablo de Tarso, tuvo como tema principal la vida y mensaje del Apóstol de los Gentiles.

Se celebró de 9,00 a 18,00 horas y contó con la colaboración de los Centros de Profesores de Jerez y de Villamartín.

Durante el Encuentro, que alcanza ya su décima edición, las editoriales colaboradoras SM, Anaya, Guadiel-Edebé, Everest y Edelvives presentaron sus novedades y materiales educativos en distintos stands.

**5 de mayo de 2009**

### **EL CLERO DIOCESANO CELEBRÓ A SU PATRÓN, SAN JUAN DE ÁVILA, CON UN ENCUENTRO EN EL PUERTO DE SANTA MARÍA**

**El acto reunió una admisión a órdenes, intervenciones sobre el sacerdocio y la situación económica así como el homenaje a tres sacerdotes en sus bodas de oro.**

Los sacerdotes diocesanos celebraron el día de San Juan de Ávila, Patrón del clero secular español, con un encuentro celebrado en la Casa de Espiritualidad de la Inmaculada, en El Puerto de Santa María. Estuvo presidido por monseñor Juan del Río Martín, arzobispo castrense de España y administrador apostólico de la Diócesis de Asidonia-Jerez.

La jornada comenzó con el rezo de la Hora Intermedia y continuó con la admisión a órdenes del seminarista Francisco Párraga. Del Río dirigió una plática sobre la figura del sacerdote en San Juan de Ávila. Fernando Fuentes, director del Secretariado de Pastoral Social de la Conferencia Episcopal Española, pronunció una charla titulada ‘Situación económica en España’.

La ocasión permitió también el homenaje a tres presbíteros que cumplirán, el próximo 21 de junio, los cincuenta años de la ordenación sacerdotal. Se trata de Antonio Labrador Jurado, párroco de San Juan de Dios; José Luis Repetto Betes, párroco del Divino Salvador y deán de la Catedral, y Juan Carreto Aparicio, quien por enfermedad no pudo acudir al encuentro.

### **6 de mayo de 2009**

#### **LA REFORMA DE LA LEY DEL ABORTO, A DEBATE EN EL FORO HUMANISMO Y CIENCIA, DE LA PASTORAL UNIVERSITARIA**

La Delegación Diocesana de Pastoral Universitaria y de la Cultura celebró su sesión mensual del Foro de Debate Humanismo y Ciencia. En esta ocasión se abordó el tema ‘La reforma de la Ley del Aborto’.

### **19 de mayo de 2009**

#### **EL PRESBITERO ANTONIO LÓPEZ FERNÁNDEZ, PÁRROCO DE LOS CUATRO EVANGELISTAS, NUEVO DOCTOR EN FILOLOGÍA CLÁSICA**

En la Facultad de Filología de Sevilla, dentro de la Universidad Hispalense, ante un numeroso público, obtuvo el grado de Doctor en Filología Clásica el sacerdote diocesano don Antonio López Fernández, párroco de los Cuatro Evangelistas de Jerez de la Frontera, con la tesis titulada: “Quinque Articuli contra Judaeos” manuscrito de Rodrigo Fernández de Santaella (Fundador de la Universidad de Sevilla). Obteniendo la calificación de Sobresaliente “cum laude”.

Entre los miembros del tribunal de tesis estuvo Monseñor don Juan del Río Martín, doctor en Teología, arzobispo Castrense y Administrador Apostólico de nuestra Diócesis. Se da la circunstancia que con este sacerdote son seis los que durante el pontificado de Monseñor Del Río han obtenido el grado de doctor. Lo que demuestra el interés del arzobispo por la formación del clero y por la cultura en general

**24 de mayo de 2009**

## **DESPEDIDA DE MONS. JUAN DEL RÍO**

Unas palabras de agradecimiento en nombre de todas las instancias de la Diócesis a cargo de don Ángel Romero Castellanos, Vicario Judicial, así como la entrega a monseñor Juan del Río Martín de una pintura que, en formato de tríptico, ofrece la portada de la Casa de la Iglesia y sus patios puso colofón a la celebración de la Eucaristía con la que el pastor se despidió de Asidonia-Jerez tras casi nueve años de episcopado.

Mons. Del Río, quien contó en la concelebración con monseñor Antonio Ceballos Atienza, obispo de Cádiz-Ceuta, se vió, también, acompañado en el presbiterio de la Santa Iglesia Catedral, repleta de fieles, por los miembros de su Curia y los sacerdotes diocesanos que han vertebrado su pastoreo en las parroquias y su gobierno por medio de las distintas responsabilidades diocesanas delegadas. Tampoco faltaron numerosos religiosos y religiosas.

**27 de mayo de 2009**

## **ENCUENTRO DE PROFESORES UNIVERSITARIOS DE LA UCA**

La encíclica 'Fides et ratio' alumbró el encuentro de profesores universitarios que, alentado desde la Delegación Diocesana de Pastoral Universitaria y de la Cultura, tuvo lugar el miércoles, día 27 de mayo, en las instalaciones de la Facultad de Derecho, en el campus jerezano de La Asunción.

Se propuso como texto a considerar, junto a la propia encíclica del recordado Juan Pablo II, la conferencia de Joseph Ratzinger escrita y ofrecida cuando el Santo Padre era aún cardenal prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y en la que expone sus reflexiones sobre la 'Fides et ratio'.

**3 de junio de 2009**

## **LA DIÓCESIS DE ASIDONIA-JEREZ CELEBRÓ A SU PATRÓN, EL SANTO HOSPITALARIO JUAN GRANDE ROMÁN**

En el Santuario de San Juan Grande que acoge las reliquias expuestas a la veneración de los fieles, tuvo lugar la celebración de la Eucaristía, a cargo del deán del Cabildo Catedral, monseñor José Luis Repetto Betes, y posteriormente la procesión que, con la imagen del Santo, recorrió las calles y plazas de los barrios aledaños a su Santuario.

Culminaba así el triduo en su honor que se ha venido celebrando desde el pasado lunes en la Santa Iglesia Catedral.

# ***II***

**OBISPOS DEL SUR**





**II.  
1.****NOTA de prensa  
CXIII Asamblea de los Obispos del Sur  
de España  
(20 de mayo de 2009)**

Durante los días 19 y 20 de este mes de mayo, se ha celebrado, en la Casa de Espiritualidad de San Antonio de Córdoba, la CXIII Asamblea Ordinaria de los Obispos Andaluces.

En la mañana del martes comenzó el encuentro, como es habitual, con el retiro espiritual, que en esta ocasión dirigió D. José Vilaplana Blasco, Obispo de Huelva. Por la tarde comenzaron los trabajos.

Dedicaron un amplio espacio de tiempo al análisis de las nuevas ideologías de la postmodernidad que actúan en la sociedad. Tras oír la exposición presentada por el Dr. Francisco José Contreras, Catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad Hispalense, se profundizó en la necesidad y en la importancia de la antropología cristiana como el imprescindible punto de referencia que tutela y promueve la dignidad humana y la justa convivencia social.

Seguidamente, el Obispo de Cádiz y Ceuta, D. Antonio Ceballos, informó del Encuentro de Sacerdotes de la Región Sur, que viene celebrándose en Cádiz, y que este año tendrá lugar del 20 al 31 de julio, en la Casa-Residencia de las Hijas de María Inmaculada. En esta ocasión será la edición número trece, y llevará por lema Celebración de la fe y Día del Señor.

El objetivo de esta convivencia de verano es ofrecer a los sacerdotes que participen en ella un tiempo de formación humano, espiritual y pastoral.

Para terminar la primera jornada de este encuentro, los

obispos trataron varios asuntos que afectan al desarrollo de la misma Asamblea y de la Iglesia en Andalucía. Entre ellos se hicieron los nombramientos de los vocales de la Junta Rectora de Cáritas Regional: D. Gabriel Leal Salazar, delegado diocesano de Málaga; D. Luis Recuerda Martínez, exdirectivo de Cáritas Diocesana de Granada y D. Juan Fernando Hernández Moreno, exdirector de Cáritas diocesana de Huelva y expresidente de Cáritas Regional.

Ya en la jornada del miércoles, el director de Odisur, D. José Carlos Isla, presentó a los obispos un informe del Servicio para la Comunicación de los Obispos del Sur de España, de los últimos tres años. Entre los asuntos de los que se ha informado, destacar los datos que arroja la web de Odisur, [www.odisur.es](http://www.odisur.es), que desde su renovación –a finales de 2007- cuenta con más de 38.000 usuarios únicos, de 97 países diferentes, llegando incluso hasta Australia, China o Rusia. Otro aspecto destacable es la estrecha colaboración de este servicio con las distintas delegaciones de medios de comunicación de cada diócesis y también con las Congregaciones Religiosas. Se indicó igualmente la relación existente con agencias católicas de comunicación.

Los Obispos también trataron sobre los temas de enseñanza presentados por Mons. D. Antonio Dorado Soto, delegado para la enseñanza y por el P. Francisco Ruiz, Secretario técnico, destacándose entre otros: las normas que se están elaborando relativas al procedimiento para cubrir las vacantes de profesores de religión; las relaciones con las diversas universidades para la aplicación del Plan Bolonia; las exigencias planteadas para la formación del profesorado de religión; y por último, se abordó el diálogo con la administración central (Territorio MEC) sobre los profesores de religión de Primaria. También la Asamblea de los Obispos del Sur de España designó como miembro de la Comisión Mixta a D. Juan Manuel Rodríguez Muniz, actual delegado diocesano de enseñanza de la Archidiócesis de Sevilla, en sustitución de D. Luis Llerena.

Finalmente los obispos han prestado un gran interés a la celebración del Año Sacerdotal, declarado por S.S. Benedicto XVI

con motivo del 150 aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars. A tal fin, todas las diócesis llevarán a cabo un amplio programa de actividades, destacándose la importancia de la valoración que el pueblo cristiano ha de prestar al ministerio de los sacerdotes y la organización de un encuentro del clero andaluz en torno a la figura de San Juan de Ávila. Para junio del año 2010 se celebrará en Roma un encuentro de los sacerdotes de todo el mundo con el Papa.



# ***III***

**CONFERENCIA  
EPISCOPAL**



**III.  
1.****Carta de los obispos de la Comisión  
Episcopal de Enseñanza y Catequesis  
sobre la enseñanza de la religión  
católica en la escuela  
(16 de marzo de 2009)**

A los padres, alumnos, profesores y sacerdotes

A la hora de matricular a vuestros hijos en los colegios estatales, colegios de iniciativa social católica o en los de iniciativa social civil, los obispos de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, responsables de la enseñanza religiosa escolar, nos dirigimos a vosotros los padres, profesores y alumnos para recordar los derechos que os asisten acerca de la formación religiosa y moral católica y para motivar vuestros deberes en orden a esta enseñanza.

Es un derecho fundamental vuestro, reconocido por la Constitución española, que la formación religiosa y moral de vuestros hijos sea según vuestras propias convicciones. Es, también, una responsabilidad de todo padre ejercer este derecho escogiendo la formación religiosa y moral de sus hijos, que juzguen más apropiada (Constitución Española. Art. 27.3).

La formación religiosa y moral de los hijos hace posible que éstos tengan principios y valores verdaderos y saludables para saber hacer el bien y rechazar el mal. Pero no solamente esto; para interiorizar y asumir esos valores, los alumnos necesitan ejemplos vivos de personas creíbles, que sean testigos comprometidos con estos principios para el bien obrar. Los padres, los profesores y las personas ejemplares aportan razones para creer más en la bondad que en el odio, en el servicio que en la soberbia, en la caridad que en el egoísmo. Ante las distintas culturas presentes en la escuela, la enseñanza religiosa ofrece criterios de valoración desde la fe cristiana.

En concreto, el centro de la enseñanza religiosa católica es Jesucristo, que con sus palabras, sus obras y su misma persona es un ejemplo continuo de vida, de amor y de esperanza. Pero Jesucristo no es sólo ejemplo; es además para el alumno fuerza en la debilidad, misericordia y perdón en el pecado, amor y comprensión en la soledad y, sobre todo, es don, pues nos da su Vida para que tengamos vida eterna.

Nos dirigimos también a vosotros, los alumnos, para que valoréis esta enseñanza como imprescindible en vuestro progreso personal, intelectual, cultural y social. El Señor os dará razones para amar, para creer y para esperar. Su presencia en vuestro crecimiento es el mejor regalo que vais a encontrar en vuestra vida.

Sois los padres los depositarios de este derecho de formación, y por tanto, sois vosotros quienes debéis pedir en los colegios la formación religiosa católica, si es que responde a vuestras convicciones. En el ejercicio de este derecho invitamos especialmente a los sacerdotes para que en su trabajo pastoral puedan ayudaros, recordándoos a los padres católicos vuestro compromiso bautismal y vuestra responsabilidad de educar en la fe a vuestros hijos.

Queremos hacer una llamada especial a los profesores cristianos y a todos aquellos profesores que, sin confesar nuestra fe, valoran el bien que promueve y aporta a la formación integral de los alumnos. No os quedéis sólo en respetar la presencia de la religión católica en la escuela; sabed que en esta enseñanza se dan las claves para comprender las raíces de nuestra personalidad y el sentido de nuestra vida y de nuestra cultura. Confiamos en todos los que ejercéis con responsabilidad la dirección de los colegios e institutos a la hora de aplicar la legislación correspondiente al área de religión y moral católica para que se pueda ejercer este derecho fundamental de padres y alumnos.

Gracias a todos.

Madrid, 16 de marzo de 2009



Presidente:

Excmo. y Rvmo. Sr. D. Casimiro López Llorente, Obispo de Segorbe-Castellón

Vicepresidente:

Excmo. y Rvmo. Sr. D. Javier Salinas Viñals, Obispo de Tortosa

Excmos. y Rvmos. Sres.

D. Elías Yanes Álvarez, Arzobispo emérito de Zaragoza

D. Jaume Pujol Balcells, Arzobispo de Tarragona

D. Manuel Ureña Pastor, Arzobispo de Zaragoza

D. Antonio Dorado Soto, Obispo Emérito de Málaga

D. Fidel Herráez Vegas, Obispo Auxiliar de Madrid

D. Salvador Giménez Valls, Obispo Auxiliar de Valencia

**III.  
2.****Nota final de la XCIII Asamblea  
Plenaria de la Conferencia Episcopal  
Española  
(24 de abril de 2009)**

Los obispos españoles han celebrado en Madrid, del lunes 20 al viernes 24 de abril, la 93ª reunión de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española (CEE).

Ha participado por primera vez, como Obispo auxiliar de Barcelona, Mons. D. Sebastià Taltavull Anglada, tras su ordenación episcopal el pasado 21 de marzo. El nuevo prelado ha quedado adscrito a las Comisiones Episcopales de Pastoral y de Medios Comunicación Social. También ha estado presente, en la sesión inaugural, el Obispo electo de Jerez de la Frontera, D. José Mazuelos Pérez, quien recibirá la ordenación episcopal el próximo 6 de junio. Los obispos han tenido un recuerdo especial para el Obispo emérito de Vitoria, Mons. D. José María Larrauri Lafuente, fallecido el 9 de diciembre de 2008.

**La aceptación social del aborto, una tragedia del siglo XX**

El Presidente de la CEE, Cardenal Antonio María Rouco Varela, aludió con detalle en el discurso inaugural de la Asamblea al don de la vida y al derecho a vivir y se refirió a la conocida sentencia del filósofo Julián Marías, a propósito de la aceptación social del aborto, para afirmar que aunque el aborto ensombrece desde siempre la historia de la humanidad, “ha sido precisamente en el siglo pasado cuando amplios sectores sociales han empezado a considerar públicamente que eliminar a los que van a nacer no sería algo de por sí reprobable y cuando tal mentalidad ha encontrado eco en las legislaciones que han dejado de proteger de modo adecuado el derecho de todos a vivir”.

El Cardenal Rouco subrayó que también España se ha visto inmersa en las últimas décadas “en el mencionado proceso de deterioro de la conciencia moral en lo que toca al valor sagrado de la vida humana. Desde la legislación despenalizadora de 1983, la situación ha ido empeorando tanto en la práctica como en las leyes. Ante esta situación, los Obispos españoles y la Conferencia Episcopal nunca hemos dejado de anunciar el Evangelio de la vida en su integridad y de denunciar las leyes injustas, proponiendo la doctrina de la Iglesia con absoluta independencia de las cambiantes coyunturas políticas (...) No queremos ni podemos cejar en este empeño de proclamar el Evangelio de la vida en toda su belleza y con todas sus consecuencias”.

Por su parte, el Nuncio de Su Santidad en España, Mons. D. Manuel Monteiro de Castro, en su saludo a los obispos españoles se refirió a la remisión de excomunión de los cuatro obispos consagrados por el Arzobispo Lefebvre. Ante las incomprensiones que suscitó la decisión, Mons. Monteiro quiso resaltar las muestras de confianza y afecto que Benedicto XVI ha recibido desde entonces, en particular la carta que el Comité Ejecutivo de la CEE le envió el pasado 12 de febrero “agradeciéndole su ministerio al servicio de la verdad del Evangelio y de la unidad en la caridad”.

### **Nuevos cargos de la CEE**

Durante esta Asamblea Plenaria se han celebrado tres elecciones de cargos de la CEE. En ellas, han tenido derecho a voto un total de 76 obispos.

El miércoles, día 22 de abril, la Plenaria elegía a Mons. D. Juan del Río Martín, Arzobispo Castrense de España, como miembro del Comité Ejecutivo de la CEE, con un total de 35 votos en tercera votación. En ese mismo escrutinio Mons. D. Braulio Rodríguez Plaza obtuvo 32 votos. Ejercieron su derecho a voto un total de 68 obispos.

Mons. del Río sustituye al Cardenal Antonio Cañizares Llovera, Administrador Apostólico de Toledo y, desde diciembre de

2008, Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. Según los estatutos de la CEE, el Cardenal Cañizares es miembro de pleno derecho de la Conferencia Episcopal hasta la toma de posesión de su sucesor en la diócesis Primada. Sin embargo, el Cardenal Cañizares, miembro del Ejecutivo desde el año 2005, presentó la renuncia con el fin de que ya en esta Asamblea Plenaria se pudiera proceder a la elección de un nuevo miembro.

El mismo miércoles, la Plenaria elegía a Mons. D. Javier Martínez Fernández, Arzobispo de Granada, como Presidente de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe. Fue elegido en segunda votación con 35 votos. En ese mismo escrutinio, Mons. D. Enrique Benavent Vidal, Obispo auxiliar de Valencia, obtuvo 25 votos. Ejercieron su derecho a voto un total de 68 obispos.

Mons. Martínez sustituye al frente de esta Comisión al Cardenal Agustín García-Gasco, que ha pasado a la condición de emérito.

Por último, el jueves, la Plenaria elegía a Mons. D. Joan Piris Frígola, Obispo de Lleida, como nuevo Presidente de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social (CEMCS). En tercera votación, obtuvo 34 votos. Mons. D. Braulio Rodríguez Plaza obtuvo 30 y ejercieron su derecho a voto un total de 65 obispos.

Mons. Piris sustituye al frente de esta Comisión a Mons. Del Río que al ser elegido miembro del Comité Ejecutivo tuvo que dejar la presidencia de la Comisión de Medios, por la incompatibilidad que prevén los Estatutos de la CEE.

La elección de Mons. Piris como Presidente de la CEMCS supone su inclusión como nuevo miembro de la Comisión Permanente. Al ser un obispo de la Provincia Eclesiástica de Tarragona, deja de formar parte de la Permanente Mons. D. Jaume Pujol Balcells que hasta ahora estaba en dicho organismo en representación de la mencionada Provincia.

## **Peregrinación de la Cruz y JMJ Madrid 2011**

En el discurso inaugural, el Cardenal Rouco Varela, comenzó hablando de la Cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud que los jóvenes de Sydney entregaron a los jóvenes españoles el pasado domingo de Ramos en la Plaza de San Pedro. Con palabras del Papa Benedicto XVI, señaló que con este acto ha dado comienzo la preparación hacia el próximo encuentro mundial de los jóvenes, que tendrá lugar en Madrid en agosto de 2011 y que tendrá como lema “Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”.

La Asamblea Plenaria también ha recibido información sobre los preparativos. La Jornada será organizada por la Archidiócesis de Madrid, en colaboración especial con la Conferencia Episcopal Española para todo lo relativo a su desarrollo en el resto de las diócesis españolas.

### **Año sacerdotal**

La Plenaria ha encomendado a la Comisión Episcopal del Clero que presente a la Comisión Permanente de septiembre un estudio sobre las acciones que convendrá emprender con motivo del Año sacerdotal convocado por Benedicto XVI. Previsiblemente, el asunto pasará también a la Plenaria de noviembre.

En el discurso inaugural, el Cardenal Rouco también se refirió ampliamente a este acontecimiento que tendrá lugar desde el próximo 19 de junio hasta el 19 de junio de 2010. “El Año sacerdotal –afirmó– significa, sin duda, una gracia, una oportunidad providencial y una llamada a nuestra responsabilidad de Obispos para que, con sentimientos y entrañas de pastores y de hermanos, abordemos, a la luz de la fe y de la riquísima doctrina del Concilio Vaticano II y del Magisterio de Juan Pablo II y de Benedicto XVI, la situación humana y espiritual de nuestros sacerdotes”.

## **Ante la crisis económica**

Durante esta Plenaria, de la misma forma que ya hicieron en la Asamblea de noviembre de 2008, los obispos han dialogado sobre la crisis económica. Ante las dificultades por la que atraviesan muchas personas, los prelados reiteran que esta situación supone una grave interpelación para los cristianos e invitan una vez más a que, cada uno desde sus posibilidades, ayude a las personas que más lo necesitan.

Constatan con gratitud el esfuerzo que Cáritas y otras organizaciones eclesiales están realizando para atender las demandas crecientes de ayuda. Los obispos sostendrán y promoverán el compromiso de las instituciones católicas en la ayuda a quienes sufren más directamente las consecuencias de la crisis.

## **Información sobre COPE**

A petición del Comité Ejecutivo, organismo encargado del seguimiento de esta materia, el Presidente de la Cadena de Ondas Populares Españolas (COPE), D. Alfonso Coronel de Palma, ha presentado a la Plenaria un informe sobre los acuerdos adoptados en las semanas pasadas por el Consejo de Administración y por la Dirección de la Compañía. La Dirección de COPE, a quien corresponde la responsabilidad de la toma de decisiones en la empresa, cuenta con la confianza de la Conferencia Episcopal como accionista mayoritario.

## **Otras informaciones**

La Plenaria ha dado su aprobación a diferentes propuestas presentadas por la Comisión Episcopal de Liturgia en orden a la futura publicación de la Traducción de la tercera edición del Misal Romano al español y, también ha hecho una breve reflexión acerca de la situación de la Pastoral de la Eucaristía en España.

## **Aprobación de asociaciones**

La Plenaria ha aprobado los estatutos del Movimiento “Acción Católica General”, tras la fusión de los movimientos “Acción Católica General de Adultos” y “Jóvenes de Acción Católica”. También se han aprobado los estatutos y la erección como Asociación Privada de Fieles de ámbito nacional de la “Legión de almas pequeñas”.

Además, se ha dado el visto bueno a la modificación de los estatutos de la “Asociación Católica de Propagandistas”, “Mujeres Trabajadoras Cristianas”, “Federación Católica Española de Servicios a la Juventud Femenina” y de la “Asociación de Museólogos de la Iglesia en España para la defensa, promoción y conservación de los museos eclesiásticos”.

**III.  
3.****NOTA de la Secretaría General de la  
Conferencia Episcopal Española ante  
las elecciones europeas  
(14 de mayo de 2009)**

El domingo 7 de junio tendrán lugar, en España, las elecciones al Parlamento Europeo. Con el fin de responder a quienes demandan alguna orientación de los Obispos ante esta convocatoria, difundimos, en versión española, la Declaración de la Comisión de los Episcopados de la Comunidad Europea (COMECE), publicada el pasado 20 de marzo bajo el título: “Construir una mejor casa europea”.

La lectura de esta Declaración será, sin duda, una buena ayuda para actuar responsablemente en el ejercicio del derecho al voto y en el cumplimiento de la obligación de acudir a las urnas.

**Construir una mejor casa europea****Declaración de los obispos de la COMECE ante las elecciones para el Parlamento europeo de 4-7 de junio de 2009**

Las elecciones europeas: Una oportunidad para construir una Europa mejor.

Después de 64 años de desarrollo pacífico, y a los 20 años de la caída del Telón de acero, que puso término a la división del continente, el proceso de integración europea merece ser apreciado, a pesar de algunas lagunas. Por este motivo, los Obispos de la COMECE apoyamos y promovemos la Unión Europea como proyecto de esperanza para todos los ciudadanos.

Incluso en este tiempo de incertidumbres debidas a la crisis financiera y económica, la Unión Europea ha demostrado que es una casa segura que se esfuerza por preservar la estabilidad y la



solidaridad entre sus miembros. Hoy, en 2009, la Unión Europea tiene la capacidad y los medios para responder a los retos más urgentes y apremiantes de nuestro tiempo.

Participando en la elección del Parlamento Europeo, todos los ciudadanos tienen la posibilidad de contribuir al desarrollo y a la mejora de la Unión Europea.

La participación en las elecciones: un derecho y una responsabilidad.

La Iglesia católica ha apoyado desde el principio el proyecto de integración europea y continúa apoyándolo hoy. Todo cristiano tiene, no solamente el derecho, sino también la responsabilidad de comprometerse activamente en este proyecto ejerciendo su derecho de voto.

La participación de los cristianos es esencial para redescubrir el “alma de Europa” que es vital para responder a las necesidades fundamentales de la persona humana y para el servicio del bien común.

El Parlamento Europeo, a través de sus poderes y sus competencias (que serán todavía reforzadas cuando concluya el proceso de ratificación del Tratado de Lisboa), debe contribuir a responder a estas aspiraciones y objetivos.

Lo que esperan los cristianos del Parlamento Europeo.

Los principios fundamentales de toda sociedad son la dignidad humana, la promoción del bien común. Por este motivo, estos principios deben encontrarse en el corazón mismo de todas las políticas de la Unión Europea.

Teniendo en cuenta el importante papel desempeñado por el Parlamento Europeo, esperamos de sus miembros que participen y contribuyan activamente en lo siguiente:

Respetar la vida humana de la concepción a la muerte natural, como parte integrante de las legislaciones, programas y políticas de la Unión Europea en su conjunto.

Apoyar a la familia fundada sobre el matrimonio, -entendido como la unión entre un hombre y una mujer- como unidad básica de la sociedad.

Promover los derechos sociales de los trabajadores procurandoles condiciones de trabajo respetuosas de su salud, de su seguridad y de su dignidad.

Promover una gobernabilidad económica fundada en valores éticos dirigida a un desarrollo humano duradero, en el seno de la Unión Europea y a nivel mundial.

Promover la justicia en las relaciones de la Unión Europea con los países en vías de desarrollo mediante una asistencia financiera y unas relaciones innovadoras.

Demstrar la solidaridad mediante la elaboración de políticas de ayuda para con los más débiles y más necesitados en nuestra sociedad (en particular, los discapacitados, los que demandan asilo, los inmigrantes).

Proteger la Creación mediante la lucha contra el cambio climático y animando a tener un estilo de vida basado en la moderación.

Promover la paz en el mundo mediante una política exterior de la Unión Europea coordinada y coherente.

Iluminados y guiados por la enseñanza de Cristo, los cristianos están dispuestos y deseosos de contribuir a la satisfacción de estas aspiraciones, en el espíritu de la declaración de Su Santidad el Papa Juan Pablo II: “La inspiración cristiana puede transformar la integración política, cultural y económica en una convi-

vencia en la cual todos los europeos se sientan en su propia casa”  
(Ecclesia in Europa, 121).

Bruselas, 20 de marzo 2009

- +Adrianus van Luyn SBD, Presidente, Obispo de Róterdam (Holanda)
- +Reinhard Marx, Vice-Presidente, Arzobispo de Munich y Freising (Alemania)
  - +Gianni ambrosio, Obispo de Piacenza-Bobbio (Italia)
- +Virgil Bercea, Obispo de Oradea Mare/Gran Varadito (Rumanía)
- +Ferenc Cserhàti, Obispo auxiliar de Esztergom-Budapest (Hungría)
  - +Jozef De Kesel, obispo auxiliar de Bruselas (Bélgica)
  - +Nikólaos Fóscolos, Arzobispo de Atenas (Grecia)
- +Fernand Franck, Arzobispo de Luxemburgo (Luxemburgo)
  - +Adolfo González Montes, Obispo de Almería (España)
    - +Mario Grech, Obispo de Gozo (Malta)
    - +Antón Justs, Obispo de Jeglava (Letonia)
    - +Egon Kapellari, obispo de Graz-Seckau (Austria)
- +William Kenney, obispo auxiliar de Birmingham (Inglaterra y Gales)
  - +Czeslaw Kozon, obispo de Copenhague (Escandinavia)
  - +Christian Kratz, obispo auxiliar de Estrasburgo (Francia)
  - +Vaclav Maly, obispo auxiliar de Praga (República Checa)
    - +Peter a. Moran, obispo de Aberdeen (Escocia)
    - +Rimantas Norvila, obispo de Vilkaviskis (Lituania)
    - +Christo Proykov, Exarca Apostólico de Sofía (Bulgaria)
- +Frantisek Rabek, obispo de las Fuerzas Armadas (Eslovaquia)
- +José Amandio Tomás, obispo coadjutor de Vila Real (Portugal)
  - +Noel Treanor, Obispo de Down and Connor (Irlanda)

III.  
4.

**MENSAJE de la Comisión Episcopal  
de Pastoral Social. Festividad del Cor-  
pus Christi, Día de la Caridad  
(20 de mayo de 2009)**

**HE VISTO LA AFLICCIÓN DE MI PUEBLO,  
HE ESCUCHADO SU CLAMOR**

*“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”<sup>1</sup>.*

En la solemnidad del *Corpus Christi*, celebramos el misterio del Cuerpo de Cristo entregado y de su Sangre derramada para la vida del mundo. En esta festividad la Iglesia en España celebra el *Día de la Caridad*. Hay una relación esencial entre Eucaristía y caridad. La celebración de la Eucaristía tiene implicaciones sociales. “Cada celebración eucarística actualiza sacramentalmente el don de la propia vida que Jesús ha hecho en la Cruz por nosotros y por el mundo entero. Al mismo tiempo, en la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al Misterio eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo...”<sup>2</sup> y damos testimonio de la caridad con los más necesitados, como misión esencial de la Iglesia: “El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad”<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> CONCILIO VATICANO II. Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, 1.

<sup>2</sup> BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica *Sacramentum caritatis*, n. 88.

<sup>3</sup> BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est*, 20

## Los síntomas que percibimos y sufrimos

Desde que estalló la crisis financiera, un número creciente de hombres y mujeres afectados por la situación social y económica está llamando a las puertas de nuestras Cáritas, de las parroquias, congregaciones religiosas y otras instituciones eclesiales. En ellos hemos escuchado el clamor de las víctimas y hemos podido descubrir los nuevos rostros de la pobreza. Ellos nos hacen experimentar como propios los sentimientos de nuestro Dios cuando dice ante su pueblo oprimido por el Faraón y sufriente bajo los despiadados capataces que controlan su suerte: *“He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos”* (Ex 3, 7).

Hemos percibido, también, otra pobreza, en este caso espiritual, que subyace entre las crisis materiales, de la economía y el trabajo. Es la pobreza de valores y actitudes que se manifiesta y extiende en diversos ámbitos y a través de algunos medios de comunicación. Junto a ello no podemos olvidar la crisis educativa que se hace presente también en el seno de la familia.

Conocemos los sufrimientos que está ocasionando la crisis en nuestro pueblo. Una crisis que afecta a sectores cada día más amplios y cercanos, que no remite en intensidad y está aumentando los índices de pobreza. Así lo ponen de relieve los datos socioeconómicos y los sucesivos informes presentados por Cáritas Española.

Los alarmantes índices de desempleo, el creciente número de pequeñas empresas en quiebra y de trabajadores a los que se les acaba el subsidio de desempleo, las dificultades de las familias para pagar sus hipotecas y otras deudas, y los desequilibrios emocionales y relacionales que eso genera, nos hacen sentir el dolor humano en toda su crudeza y descubrir que estamos ante una grave crisis que no parece coyuntural, que está siendo de largo recorrido, y que no sólo afecta a personas sino que cuestiona, también, las estructuras mismas del vigente modelo social y económico.

El observatorio que mantiene Cáritas nos hace constatar que en estos primeros meses del año 2009 se ha producido un notable aumento de demandas de ayuda en relación al año anterior. Pero no sólo constatamos un aumento en el número y en la diversidad de las demandas, sino que se están produciendo cambios significativos en los rostros de la pobreza.

Entre ellos, junto a los más vulnerables, como padres o madres que se han quedado solos con hijos a su cargo, personas mayores, familias inmigrantes reagrupadas y en paro, y desempleados sin protección social, aparecen familias y personas saturadas por las deudas que, seducidas por quienes les ofrecieron dinero fácil, pasaron del consumo por encima de las posibilidades a carecer de lo necesario y a solicitar a Cáritas ayuda para necesidades básicas de vivienda, acceso al empleo, alimentación, ayuda psicológica y para la educación de sus hijos.

### **La crisis habita en lo profundo**

Recientemente Benedicto XVI sostuvo, ante una cumbre de representantes internacionales, que “las crisis financieras se desencadenan cuando -en parte debido a la falta de una conducta ética correcta- los que trabajan en el sector económico pierden la confianza en su modo de funcionamiento y en sus sistemas financieros”. “Sin embargo, las finanzas, el comercio y los sistemas de producción son creaciones humanas contingentes que, en caso de que se conviertan en objetos de fe ciega, llevan dentro de sí las raíces de su propio fracaso”.<sup>4</sup>

Reducir la crisis a su dimensión financiera y económica puede ser una falsedad y conducirnos a un peligroso engaño puesto que detrás de la crisis financiera hay otras más hondas que la generan.

---

<sup>4</sup> Intercambio de cartas entre Benedicto XVI y el Primer Ministro británico Gordon Brown sobre el G20 (1 de abril de 2009).

Esta crisis pone en evidencia una profunda quiebra antropológica y una crisis de valores morales. La dignidad del ser humano es el valor que ha entrado en crisis cuando no es la persona el centro de la vida social, económica, empresarial; cuando el dinero se convierte en fin en sí mismo y no en un medio al servicio de la persona y del desarrollo social.

En el origen de la crisis actual todos parecen reconocer que otra de sus causas es la falta de “transparencia”, de “responsabilidad” y de “confianza”. Se ha perdido la confianza en las grandes instituciones económicas y financieras y en los sistemas que las regulan, debido a la irresponsabilidad y avaricia de algunos, a la vanidosa competitividad. Transparencia, responsabilidad y confianza no son elementos económicos o financieros, sino actitudes éticas, lo cual quiere decir que cerraremos en falso la crisis si no estamos dispuestos a afrontar la crisis ética que la sustenta.

No podemos subestimar la crisis ni reducirla a una cuestión de ingeniería financiera. Detrás asoma el fracaso de esta sociedad del bienestar y de un modelo de desarrollo que, como ha puesto de manifiesto el VI Informe FOESSA, no ha logrado reducir las desigualdades ni disminuir la pobreza en los últimos quince años a pesar de ser años de gran desarrollo económico<sup>5</sup>.

### **Respondamos con espíritu de comunión y participación**

Si la hondura de la crisis ha puesto de manifiesto muchas miserias personales, sociales y éticas, también es necesario reconocer que está siendo oportunidad para promover otro modelo social y económico más humano y justo, y para despertar ejemplares respuestas de solidaridad. Es admirable la generosidad que se está generando entre amigos y en el

---

<sup>5</sup> Cf FUNDACIÓN FOESSA, VI *Informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2008*. Capítulo 2, Cáritas Española Editores, Madrid, 2008, pags. 127-155. En el Resumen del mismo informe, pag. 5.

seno de las familias para afrontar los efectos de la crisis. Son miles los voluntarios que están dando lo mejor de sí mismos intentando responder a los sectores más afectados y vulnerables; como, también, es digno de ser reconocido el esfuerzo sincero de muchos hombres y mujeres del ámbito de la cultura, de la economía y la política por aportar respuestas concretas a la crisis.

Esta situación y la ramificación espiritual de las causas nos llama a todos a tomar conciencia no sólo de la responsabilidad de la comunicación cristiana de bienes, sino también de la necesidad de la conversión personal y comunitaria, de la revisión de las motivaciones y estilos que rigen en nuestras instituciones.

Estamos en un momento privilegiado para promover la comunión y la participación de todos, como nos propone Cáritas en este Día de la Caridad en su campaña «*una sociedad con valores es una sociedad con futuro*»<sup>6</sup>.

La comunión nos permite adquirir plena conciencia de nuestra identidad y de nuestra interdependencia, y nos enseña a “dar espacio” al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. *Ga* 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que engendran competitividad, desconfianza y envidias<sup>7</sup>. Dejarse interpelar por la comunión « conlleva despertar de la indiferencia, salir del propio círculo de intereses e involucrarse personalmente en lograr una mayor justicia en la distribución de bienes; y un mayor respeto a la dignidad y derechos de las personas más pobres y excluidas»<sup>8</sup>.

---

<sup>6</sup> CARITAS, Campaña institucional 2008-2010. Guía de Campaña “Una sociedad con valores es una sociedad con futuro”, Madrid, 2008, págs 3-6.

<sup>7</sup> Cf JUAN PABLO II, *Tertio millennio adveniente*, n 43; PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ, *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, nn 164,391, 392.

<sup>8</sup> CARITAS, o.c., 5.



La participación, además de involucrarnos personal y comunitariamente de forma activa en todos los ámbitos sociales donde se pueden aportar ideas y acciones para mejorar y transformar la sociedad, supone también integrar a quienes habitualmente ignoramos por su realidad de marginación o exclusión.

### **La Eucaristía, sacramento de comunión y fuente de participación**

Esta invitación a fundamentar nuestra convivencia en los valores de la comunión y participación adquiere particular relevancia y consistencia en la fiesta del Corpus Christi que estamos celebrando. La Eucaristía es sacramento de comunión, pues como dice san Pablo, cuantos comemos del mismo pan formamos un solo cuerpo<sup>9</sup>. Y porque formamos un solo cuerpo en el Señor, todos estamos llamados a contribuir al bien común desde nuestras capacidades y responsabilidades, compartiendo también los bienes para que ningún hermano pase necesidad<sup>10</sup>.

Lo expresa con toda claridad Benedicto XVI: *«La mística del sacramento tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan (...). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega»*<sup>11</sup>.

Desde la esperanza que despiertan en nosotros la presencia viva del Señor y el compromiso serio de tantos hombres y mujeres en favor de los que sufren, nos animamos a decir que si hay algo positivo en esta crisis es la oportunidad de rectificar y sentar las bases de la convivencia en valores sólidos capaces de construir un orden económico y social más transparente y justo. Aprovechemos el momento y pidamos al Señor en este “Día de la Caridad” que nos ayude a conseguirlo.

---

<sup>9</sup> Cf 1Cor 10, 14-22.

<sup>10</sup> Cf 1Cor 11,18-22.

<sup>11</sup>BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est*, n 14.

## Oración

Señor, Jesús,  
cuerpo entregado y sangre derramada para la vida de los hombres.

Te pedimos por cuantos sufren los efectos materiales,  
morales y espirituales de la crisis que estamos viviendo.

Que cuantos celebramos hoy la memoria  
de tu vida entregada en el sacramento de la Eucaristía  
tengamos ojos abiertos para ver la aflicción de los que sufren,  
oídos atentos para escuchar su clamor  
y un corazón sensible para compartir en el amor sus sufrimientos  
y esperanzas.

Ayúdanos a ser valientes y creativos  
para regenerar nuestras vidas  
y los espacios sociales y económicos en los que vivimos.  
Que pongamos lo mejor de nuestras capacidades y nuestros bienes  
a disposición de los hermanos  
con verdadero espíritu de comunión y participación,  
de responsabilidad y servicio.

Amén.

**Los Obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral Social**

**III.  
5.****MENSAJE de la Comisión Episcopal  
de Medios de Comunicación Social  
con motivo de la 43ª Jornada Mundial  
de las Comunicaciones Sociales  
(24 de mayo de 2009)****MEDIOS DE COMUNICACIÓN PARA LA SOLIDARIDAD**

El Santo Padre Benedicto XVI ha querido dedicar la 43ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales que se celebra el 24 de mayo de 2009, festividad de la Ascensión del Señor, a reflexionar sobre “Nuevas Tecnologías, nuevas relaciones. Por una cultura de respeto, diálogo y amistad”. Con este lema elegido, el Santo Padre sitúa en primer plano cuestiones importantes desde el punto de vista ético y moral que se refieren al modelo de comunicación que propician las nuevas tecnologías, destacando por un lado sus innegables valores positivos para las relaciones humanas y el desarrollo personal, social y cultural; y, por otro, advirtiendo sobre los peligros y daños que conlleva el uso inadecuado de estas mismas tecnologías que tanto han transformado la vida de la sociedad actual y con las que con tanta naturalidad conviven los jóvenes.

**1. Adecuado uso de las nuevas tecnologías**

Es a ellos precisamente a quienes dirige especialmente su mensaje el Santo Padre pues los jóvenes, a los que llama “generación digital”, son los que más usan estos nuevos medios tanto para sus relaciones personales y de amistad, como para la comprensión del mundo que les rodea y la manifestación libre de las propias ideas e intereses, estableciendo auténticas redes sociales por las que transitan asiduamente dedicando gran parte de su tiempo y ocio, hasta el punto de haberse producido en ellos una nueva pertenencia y ciudadanía en el mundo digital.

El Papa señala que estas nuevas tecnologías encierran grandes posibilidades de desarrollo y son un gran cauce abierto a la maravillosa capacidad humana de relacionarse con los demás, “reflejo de nuestra participación en el amor comunicativo y unificador de Dios, que quiere hacer de toda la humanidad un sola familia”, pero a la vez nos advierte, refiriéndose al uso de Internet, que “sería una pena que nuestro deseo de establecer y desarrollar las amistades `on line´ fuera en deterioro de nuestra disponibilidad para la familia, los vecinos y quienes encontramos en nuestra realidad cotidiana, en el lugar de trabajo, en la escuela o en el tiempo libre”.

No podemos, por tanto, renunciar a la auténtica relación que propicia la verdadera amistad y el encuentro con los otros por un sustitutivo “virtual” que anulara o supliera la comunicación y las relaciones humanas personales y directas, sino más bien, hemos de empeñarnos en una verdadera misión evangelizadora en este nuevo mundo digital a fin de lograr en él una cultura del respeto, el diálogo y la amistad, que el Cristianismo refuerza y trasciende por el misterio redentor de Cristo, que nos ha mostrado la mayor prueba de amor entregando su vida por nosotros (cf. Jn 15,13) y nos ha encomendado la tarea de imitar su amor en la entrega generosa a los demás (cf. Jn 15,17).

Los cristianos, con la aportación de la sabiduría moral del Evangelio y la ayuda de la doctrina de la Iglesia, hemos de preservar siempre la dignidad de la persona humana y el bien común ante los cambios axiológicos o de valores que inevitablemente comporta la actual revolución tecnológica.

## **2. Responsabilidad de los padres**

A estos cambios, sobre todo en lo que afecta a los más jóvenes, han de estar atentos los padres y educadores con una adecuada formación moral que acompañe el uso de las nuevas tecnologías, en especial Internet, y los medios de comunicación en general, a fin de que éstos sean beneficiosos para la persona y la sociedad y pro-

picien la búsqueda de la verdad, el bien y la belleza, sin dejarse engañar “por quienes tan sólo van en busca de consumidores en un mercado de posibilidades indiferenciadas, donde la elección misma se presenta como el bien, la novedad se confunde con la belleza y la experiencia subjetiva suplanta a la verdad” (Benedicto XVI).

Los padres han de estar vigilantes y propiciar un adecuado clima de familia y amistad en el hogar, para que estos auténticos fraudes de las relaciones humanas a los que hemos hecho referencia no afecten a los jóvenes, de manera especial a los más indefensos psíquicamente como son los adolescentes, provocando en ellos, en no pocas ocasiones, traumas afectivos y emocionales que condicionarán dolorosamente su futuro. El ciberespacio no puede ser un terreno franco exento de la debida responsabilidad ética y moral ni del cuidado y vigilancia de los padres y educadores, así como de la acción protectora de las Autoridades, obligadas por nuestra Constitución (Cf. Art. 20, 4) a defender a los menores de los contenidos perniciosos e inadecuados.

### **3. Mejor aprovechamiento eclesial de Internet**

Por lo que se refiere al provechoso uso de las nuevas tecnologías en Internet, también la Iglesia, tanto en el ámbito de la Conferencia Episcopal, como en las diócesis y demás niveles comunitarios, está llamada a sacar partido de sus enormes potencialidades para la misión evangelizadora y su propia acción comunicativa, como ha reconocido recientemente el Santo Padre (Cf. Carta de Benedicto XVI a los Obispos. 10.3.2009), a fin de interactuar eficazmente en la Red, dando adecuada y pronta respuesta a las demandas de correcta información y enseñanza. Por otro lado, en todo esto no hemos de olvidar nunca que la predicación del Evangelio siempre lleva consigo la contradicción que provoca la Cruz (Cf. 1Cor 1, 17-18), también en la Sociedad de la Información.

Siguiendo las indicaciones que el Santo Padre da a los jóvenes en su mensaje de esta Jornada, “para exhortarlos a llevar al mundo digital el testimonio de su fe”, y evangelizar así a sus com-

pañeros en “el continente digital”, pensamos que en este sentido se le presenta a la Iglesia en España una gran oportunidad de cara a la preparación de la Jornada Mundial de la Juventud del 2011 que tendrá lugar en Madrid y en la que están gozosamente implicadas las diócesis españolas.

#### **4. Potenciar en la crisis el sentido social de los medios**

La mirada al futuro y al mundo digital no nos exime, sobre todo en los tiempos de crisis económica que padecemos, y que afecta especialmente a los grupos sociales más pobres y desfavorecidos, de reclamar el aporte que los medios de comunicación social pueden y deben hacer a favor de una sociedad más justa y solidaria para salir de esta dramática situación económica, convirtiéndose con su gran influencia en la sociedad en lugar de encuentro y promoción de una cultura de la solidaridad siempre necesaria, pero más en estos momentos.

Para este noble objetivo los medios de comunicación han de promover iniciativas de ayuda a los más afectados por la crisis, y denunciar la corrupción y el enriquecimiento fraudulento, fomentando en la sociedad actitudes de superación, laboriosidad, sobriedad y generosidad con los más pobres, así como la difusión de opiniones y proyectos tendentes al aprovechamiento de los recursos, a la buena gestión, a la generación de empleo digno y al mantenimiento de los logros y coberturas sociales propias de un Estado democrático consolidado.

Todo ello contribuirá, sin duda, a reconciliar a los medios de comunicación con su genuino papel social de servicio al bien común y a la ciudadanía que los justifica y legitima, pues en esta noble tarea se han empeñado siempre los medios de comunicación cuando las circunstancias dramáticas y difíciles de la sociedad lo han requerido.

Así lo reconocía con gratitud el inolvidable Siervo de Dios Juan Pablo II cuando afirmaba que “cada día, los medios de comu-

nicación social embargan nuestros ojos y nuestro corazón, haciéndonos comprender las llamadas angustiosas y urgentes de millones de hermanos nuestros menos afortunados, perjudicados por algún desastre, natural o de origen humano; son hermanos que están hambrientos, heridos en su cuerpo o en su espíritu, enfermos, desposeídos, refugiados, marginados, desprovistos de toda ayuda; ellos levantan los brazos hacia nosotros, cristianos, que queremos vivir el Evangelio y el grande y único mandamiento del Amor.” (Mensaje para la Cuaresma de 1986). Dios bendiga todos los esfuerzos que los medios, y quienes en ellos trabajan, realizan a favor de la solidaridad entre las personas y los pueblos.

El sentido de justicia y de solidaridad nos obliga, sin menoscabo de la debida atención a todos los desempleados, a dirigir nuestra mirada en esta Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales a los más de 5.000 periodistas, sobre todo jóvenes, en paro en estos momentos en España, según datos de las asociaciones profesionales, para los que pedimos una pronta y adecuada solución a su situación. Por esta intención rezamos especialmente en este día, así como por los comunicadores que en diversas partes del mundo han muerto o sufren persecución y limitación de su libertad en el ejercicio de su profesión periodística.

## **5. Más presencia de Dios en los medios**

Por último, queremos seguir animando a los comunicadores cristianos a continuar empeñados en el logro de un mayor espacio para los medios en la Iglesia y un mayor espacio para Dios en los medios comunicación, en un tiempo secularizado como el nuestro, en el que, como certeramente ha señalado el Papa, “la prioridad que está por encima de todas es hacer presente a Dios en este mundo y abrir a los hombres el acceso a Dios... porque en amplias zonas de la tierra la fe está en peligro de apagarse como una llama que no encuentra ya su alimento” (Carta de Benedicto XVI a los Obispos. 10.3.2009).

Contribuir a esta misión evangelizadora es algo apasionante y esperanzador, ya que, como concluye el citado mensaje papal

para esta Jornada, hay motivos para ello, pues “el corazón humano anhela un mundo en el que reine el amor, donde los bienes sean compartidos, donde se edifique la unidad, donde la libertad encuentre su propio sentido en la verdad y donde la identidad de cada uno se logre en una comunión respetuosa. La fe puede dar respuesta a estas aspiraciones: ¡sed sus mensajeros! El Papa está junto a vosotros con su oración y con su bendición”.

Y con él también nosotros.

Joan Piris, Obispo de Lleida y Presidente  
Antonio Montero, Arzobispo emérito de Mérida-Badajoz  
Joan-Enric Vives, Obispo de Urgell  
Raúl Berzosa, Obispo-Administrador Diocesano de Oviedo  
Sebastià Taltavull, Obispo auxiliar de Barcelona



# *IV*

**SANTO PADRE  
BENEDICTO XVI**



**IV.  
1.**

**MENSAJE del Papa para la XLVI  
Jornada Mundial de Oración por las  
Vocaciones  
(20 de enero de 2009)**

3 DE MAYO DE 2009 – IV DOMINGO DE PASCUA

Tema:

**«La confianza en la iniciativa de Dios y la respuesta humana»**

Venerados Hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio,  
Queridos hermanos y hermanas

Con ocasión de la próxima Jornada Mundial de oración por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, que se celebrará el 3 de mayo de 2009, Cuarto Domingo de Pascua, me es grato invitar a todo el pueblo de Dios a reflexionar sobre el tema: La confianza en la iniciativa de Dios y la respuesta humana. Resuena constantemente en la Iglesia la exhortación de Jesús a sus discípulos: «Rogad al dueño de la mies, que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 38). ¡Rogad! La apremiante invitación del Señor subraya cómo la oración por las vocaciones ha de ser ininterrumpida y confiada. De hecho, la comunidad cristiana, sólo si efectivamente está animada por la oración, puede «tener mayor fe y esperanza en la iniciativa divina» (Exhort. ap. postsinodal Sacramentum caritatis, 26).

La vocación al sacerdocio y a la vida consagrada constituye un especial don divino, que se sitúa en el amplio proyecto de amor y de salvación que Dios tiene para cada hombre y la humanidad entera. El apóstol Pablo, al que recordamos especialmente durante este Año Paulino en el segundo milenio de su nacimiento, escribiendo a los efesios afirma: «Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, nos ha bendecido en la persona de Cristo, con toda clase de

bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en la persona de Cristo antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor» (Ef 1, 3-4). En la llamada universal a la santidad destaca la peculiar iniciativa de Dios, escogiendo a algunos para que sigan más de cerca a su Hijo Jesucristo, y sean sus ministros y testigos privilegiados. El divino Maestro llamó personalmente a los Apóstoles «para que lo acompañaran y para enviarlos a predicar, con poder para expulsar demonios» (Mc 3,14-15); ellos, a su vez, se asociaron con otros discípulos, fieles colaboradores en el ministerio misionero. Y así, respondiendo a la llamada del Señor y dóciles a la acción del Espíritu Santo, una multitud innumerable de presbíteros y de personas consagradas, a lo largo de los siglos, se ha entregado completamente en la Iglesia al servicio del Evangelio. Damos gracias al Señor porque también hoy sigue llamando a obreros para su viña. Aunque es verdad que en algunas regiones de la tierra se registra una escasez preocupante de presbíteros, y que dificultades y obstáculos acompañan el camino de la Iglesia, nos sostiene la certeza inquebrantable de que el Señor, que libremente escoge e invita a su seguimiento a personas de todas las culturas y de todas las edades, según los designios inescrutables de su amor misericordioso, la guía firmemente por los senderos del tiempo hacia el cumplimiento definitivo del Reino.

Nuestro primer deber ha de ser por tanto mantener viva, con oración incesante, esa invocación de la iniciativa divina en las familias y en las parroquias, en los movimientos y en las asociaciones entregadas al apostolado, en las comunidades religiosas y en todas las estructuras de la vida diocesana. Tenemos que rezar para que en todo el pueblo cristiano crezca la confianza en Dios, convencido de que el «dueño de la mies» no deja de pedir a algunos que entreguen libremente su existencia para colaborar más estrechamente con Él en la obra de la salvación. Y por parte de cuantos están llamados, se requiere escucha atenta y prudente discernimiento, adhesión generosa y dócil al designio divino, profundización seria en lo que es propio de la vocación sacerdotal y religiosa para corresponder a ella de manera responsa-

ble y convencida. El Catecismo de la Iglesia Católica recuerda oportunamente que la iniciativa libre de Dios requiere la respuesta libre del hombre. Una respuesta positiva que presupone siempre la aceptación y la participación en el proyecto que Dios tiene sobre cada uno; una respuesta que acoja la iniciativa amorosa del Señor y llegue a ser para todo el que es llamado una exigencia moral vinculante, una ofrenda agradecida a Dios y una total cooperación en el plan que Él persigue en la historia (cf. n. 2062).

Contemplando el misterio eucarístico, que expresa de manera sublime el don que libremente ha hecho el Padre en la Persona del Hijo Unigénito para la salvación de los hombres, y la plena y dócil disponibilidad de Cristo hasta beber plenamente el «cáliz» de la voluntad de Dios (cf. Mt 26, 39), comprendemos mejor cómo «la confianza en la iniciativa de Dios» modela y da valor a la «respuesta humana». En la Eucaristía, don perfecto que realiza el proyecto de amor para la redención del mundo, Jesús se inmola libremente para la salvación de la humanidad. «La Iglesia –escribió mi amado predecesor Juan Pablo II– ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación» (Enc. Ecclesia de Eucharistia, 11).

Los presbíteros, que precisamente en Cristo eucarístico pueden contemplar el modelo eximio de un «diálogo vocacional» entre la libre iniciativa del Padre y la respuesta confiada de Cristo, están destinados a perpetuar ese misterio salvífico a lo largo de los siglos, hasta el retorno glorioso del Señor. En la celebración eucarística es el mismo Cristo el que actúa en quienes Él ha escogido como ministros suyos; los sostiene para que su respuesta se desarrolle en una dimensión de confianza y de gratitud que despeje todos los temores, incluso cuando aparece más fuerte la experiencia de la propia flaqueza (cf. Rm 8, 26-30), o se hace más duro el contexto de incompreensión o incluso de persecución (cf. Rm 8, 35-39).

El convencimiento de estar salvados por el amor de Cristo, que cada Santa Misa alimenta a los creyentes y especialmente a los sacerdotes, no puede dejar de suscitar en ellos un confiado abandono en Cristo que ha dado la vida por nosotros. Por tanto, creer en el Señor y aceptar su don, comporta fiarse de Él con agradecimiento adhiriéndose a su proyecto salvífico. Si esto sucede, «la persona llamada» lo abandona todo gustosamente y acude a la escuela del divino Maestro; comienza entonces un fecundo diálogo entre Dios y el hombre, un misterioso encuentro entre el amor del Señor que llama y la libertad del hombre que le responde en el amor, sintiendo resonar en su alma las palabras de Jesús: «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure» (Jn 15, 16).

Ese engarce de amor entre la iniciativa divina y la respuesta humana se presenta también, de manera admirable, en la vocación a la vida consagrada. El Concilio Vaticano II recuerda: «Los consejos evangélicos de castidad consagrada a Dios, pobreza y obediencia tienen su fundamento en las palabras y el ejemplo del Señor. Recomendados por los Apóstoles, por los Padres de la Iglesia, los doctores y pastores, son un don de Dios, que la Iglesia recibió de su Señor y que con su gracia conserva siempre» (Lumen gentium, 43). Una vez más, Jesús es el modelo ejemplar de adhesión total y confiada a la voluntad del Padre, al que toda persona consagrada ha de mirar. Atraídos por Él, desde los primeros siglos del cristianismo, muchos hombres y mujeres han abandonado familia, posesiones, riquezas materiales y todo lo que es humanamente deseable, para seguir generosamente a Cristo y vivir sin ataduras su Evangelio, que se ha convertido para ellos en escuela de santidad radical. Todavía hoy muchos avanzan por ese mismo camino exigente de perfección evangélica, y realizan su vocación con la profesión de los consejos evangélicos. El testimonio de esos hermanos y hermanas nuestros, tanto en monasterios de vida contemplativa como en los institutos y congregaciones de vida apostólica, le recuerda al pueblo de Dios «el misterio del Reino de Dios que ya actúa en la historia, pero que espera su plena

realización en el cielo» (Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal Vita consecrata, 1).

¿Quién puede considerarse digno de acceder al ministerio sacerdotal? ¿Quién puede abrazar la vida consagrada contando sólo con sus fuerzas humanas? Una vez más conviene recordar que la respuesta del hombre a la llamada divina, cuando se tiene conciencia de que es Dios quien toma la iniciativa y a Él le corresponde llevar a término su proyecto de salvación, nunca se parece al cálculo miedoso del siervo perezoso que por temor esconde el talento recibido en la tierra (cf. Mt 25, 14-30), sino que se manifiesta en una rápida adhesión a la invitación del Señor, como hizo Pedro, que no dudó en echar nuevamente las redes pese a haber estado toda la noche faenando sin pescar nada, confiando en su palabra (cf. Lc 5, 5). Sin abdicar en ningún momento de la responsabilidad personal, la respuesta libre del hombre a Dios se transforma así en «corresponsabilidad», en responsabilidad en y con Cristo, en virtud de la acción de su Espíritu Santo; se convierte en comunión con quien nos hace capaces de dar fruto abundante (cf. Jn 15, 5).

Emblemática respuesta humana, llena de confianza en la iniciativa de Dios, es el «Amén» generoso y total de la Virgen de Nazaret, pronunciado con humilde y decidida adhesión a los designios del Altísimo, que le fueron comunicados por un mensajero celestial (cf. Lc 1, 38). Su «sí» inmediato le permitió convertirse en la Madre de Dios, la Madre de nuestro Salvador. María, después de aquel primer «fiat», que tantas otras veces tuvo que repetir, hasta el momento culminante de la crucifixión de Jesús, cuando «estaba junto a la cruz», como señala el evangelista Juan, siendo copartícipe del dolor atroz de su Hijo inocente. Y precisamente desde la cruz, Jesús moribundo nos la dio como Madre y a Ella fuimos confiados como hijos (cf. Jn 19, 26-27), Madre especialmente de los sacerdotes y de las personas consagradas. Quisiera encomendar a Ella a cuantos descubren la llamada de Dios para encaminarse por la senda del sacerdocio ministerial o de la vida consagrada.

---

Queridos amigos, no os desaniméis ante las dificultades y las dudas; confiad en Dios y seguid fielmente a Jesús y seréis los testigos de la alegría que brota de la unión íntima con Él. A imitación de la Virgen María, a la que llaman dichosa todas las generaciones porque ha creído (cf. Lc 1, 48), esforzaos con toda energía espiritual en llevar a cabo el proyecto salvífico del Padre celestial, cultivando en vuestro corazón, como Ella, la capacidad de asombro y de adoración a quien tiene el poder de hacer «grandes cosas» porque su Nombre es santo (Cf. Lc 1, 49).



**IV.  
2.****DISCURSO del Santo Padre  
Benedicto XVI a los participantes en  
la asamblea plenaria de la  
Congregación para el Clero  
(16 de marzo de 2009)****AÑO SACERDOTAL**

Señores cardenales;  
venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio:

Me alegra poder acogeros en audiencia especial, en la víspera de mi partida hacia África, a donde iré para entregar el *Instrumentum laboris* de la II Asamblea especial del Sínodo para África, que tendrá lugar aquí en Roma el próximo mes de octubre. Agradezco al prefecto de la Congregación, el señor cardenal Cláudio Hummes, las amables palabras con las que ha interpretado los sentimientos de todos; y también os agradezco la hermosa carta que me habéis escrito. Asimismo os saludo a todos vosotros, superiores, oficiales y miembros de la Congregación, y os expreso mi gratitud por todo el trabajo que lleváis a cabo al servicio de un sector tan importante en la vida de la Iglesia.

El tema que habéis elegido para esta plenaria —“La identidad misionera del presbítero en la Iglesia, como dimensión intrínseca del ejercicio de los *tria munera*”— permite algunas reflexiones para el trabajo de estos días y para los abundantes frutos que ciertamente traerá. Si toda la Iglesia es misionera y si todo cristiano, en virtud del Bautismo y de la Confirmación, quasi *ex officio* (cf. Catecismo de la Iglesia católica, n. 1305) recibe el mandato de profesar públicamente la fe, el sacerdocio ministerial, también desde este punto de vista, se distingue ontológicamente, y no sólo en grado, del sacerdocio bautismal, llamado también sacerdocio común. En efecto, del primero es constitutivo el mandato apostólico: “Id a todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura”

(Mc 16, 15). Como sabemos, este mandato no es un simple encargo encomendado a colaboradores; sus raíces son más profundas y deben buscarse mucho más lejos.

La dimensión misionera del presbítero nace de su configuración sacramental con Cristo Cabeza, la cual conlleva, como consecuencia, una adhesión cordial y total a lo que la tradición eclesial ha reconocido como la apostólica vivendi forma. Esta consiste en la participación en una “vida nueva” entendida espiritualmente, en el “nuevo estilo de vida” que inauguró el Señor Jesús y que hicieron suyo los Apóstoles.

Por la imposición de las manos del obispo y la oración consagratória de la Iglesia, los candidatos se convierten en hombres nuevos, llegan a ser “presbíteros”. A esta luz, es evidente que los requisitos son en primer lugar un don y sólo como consecuencia un oficio; son ante todo participación en una vida, y por ello una potestas. Ciertamente, la gran tradición eclesial con razón ha desvinculado la eficacia sacramental de la situación existencial concreta del sacerdote; así se salvaguardan adecuadamente las legítimas expectativas de los fieles. Pero esta correcta precisión doctrinal no quita nada a la necesaria, más aún, indispensable tensión hacia la perfección moral, que debe existir en todo corazón auténticamente sacerdotal.

Precisamente para favorecer esta tensión de los sacerdotes hacia la perfección espiritual, de la cual depende sobre todo la eficacia de su ministerio, he decidido convocar un “Año sacerdotal” especial, que tendrá lugar desde el próximo 19 de junio hasta el 19 de junio de 2010. En efecto, se conmemora el 150º aniversario de la muerte del santo cura de Ars, Juan María Vianney, verdadero ejemplo de pastor al servicio del rebaño de Cristo. Corresponderá a vuestra Congregación, de acuerdo con los Ordinarios diocesanos y con los superiores de los institutos religiosos, promover y coordinar las diversas iniciativas espirituales y pastorales que parezcan útiles para hacer que se perciba cada vez más la importancia del papel y de la misión del sacerdote en la Iglesia y en la sociedad contemporánea.

La misión del presbítero, como muestra el tema de la plenaria, se lleva a cabo “en la Iglesia”. Esta dimensión eclesial, de comunión, jerárquica y doctrinal es absolutamente indispensable para toda auténtica misión y sólo ella garantiza su eficacia espiritual. Se debe reconocer siempre que los cuatro aspectos mencionados están íntimamente relacionados: la misión es “eclesial” porque nadie anuncia o se lleva a sí mismo, sino que, dentro y a través de su propia humanidad, todo sacerdote debe ser muy consciente de que lleva a Otro, a Dios mismo, al mundo. Dios es la única riqueza que, en definitiva, los hombres desean encontrar en un sacerdote.

La misión es “de comunión” porque se lleva a cabo en una unidad y comunión que sólo de forma secundaria tiene también aspectos relevantes de visibilidad social. Estos, por otra parte, derivan esencialmente de la intimidad divina, de la cual el sacerdote está llamado a ser experto, para poder llevar, con humildad y confianza, las almas a él confiadas al mismo encuentro con el Señor.

Por último, las dimensiones “jerárquica” y “doctrinal” sugieren reafirmar la importancia de la disciplina (el término guarda relación con “discípulo”) eclesiástica y de la formación doctrinal, y no sólo teológica, inicial y permanente.

La conciencia de los cambios sociales radicales de las últimas décadas debe mover las mejores energías eclesiales a cuidar la formación de los candidatos al ministerio. En particular, debe estimular la constante solicitud de los pastores hacia sus primeros colaboradores, tanto cultivando relaciones humanas verdaderamente paternas, como preocupándose por su formación permanente, sobre todo en el ámbito doctrinal y espiritual.

La misión tiene sus raíces de modo especial en una buena formación, llevada a cabo en comunión con la Tradición eclesial ininterrumpida, sin rupturas ni tentaciones de discontinuidad. En este sentido, es importante fomentar en los sacerdotes, sobre todo

en las generaciones jóvenes, una correcta recepción de los textos del concilio ecuménico Vaticano II, interpretados a la luz de todo el patrimonio doctrinal de la Iglesia. También parece urgente la recuperación de la convicción que impulsa a los sacerdotes a estar presentes, identificables y reconocibles tanto por el juicio de fe como por las virtudes personales, e incluso por el vestido, en los ámbitos de la cultura y de la caridad, desde siempre en el corazón de la misión de la Iglesia.

Como Iglesia y como sacerdotes anunciamos a Jesús de Nazaret, Señor y Cristo, crucificado y resucitado, Soberano del tiempo y de la historia, con la alegre certeza de que esta verdad coincide con las expectativas más profundas del corazón humano. En el misterio de la encarnación del Verbo, es decir, en el hecho de que Dios se hizo hombre como nosotros, está tanto el contenido como el método del anuncio cristiano. La misión tiene su verdadero centro propulsor precisamente en Jesucristo.

La centralidad de Cristo trae consigo la valoración correcta del sacerdocio ministerial, sin el cual no existiría la Eucaristía ni, por tanto, la misión y la Iglesia misma. En este sentido, es necesario vigilar para que las “nuevas estructuras” u organizaciones pastorales no estén pensadas para un tiempo en el que se debería “prescindir” del ministerio ordenado, partiendo de una interpretación errónea de la debida promoción de los laicos, porque en tal caso se pondrían los presupuestos para la ulterior disolución del sacerdocio ministerial y las presuntas “soluciones” coincidirían dramáticamente con las causas reales de los problemas actuales relacionados con el ministerio.

Estoy seguro de que en estos días el trabajo de la asamblea plenaria, bajo la protección de la Mater Ecclesiae, podrá profundizar estos breves puntos de reflexión que me permito someter a la atención de los señores cardenales y de los arzobispos y obispos, invocando sobre todos la copiosa abundancia de los dones celestiales, en prenda de los cuales os imparto a vosotros y a vuestros seres queridos una especial y afectuosa bendición apostólica.

**IV.  
3.****HOMILÍA del Santo Padre Benedicto XVI en la Celebración del Domingo de Ramos y de la Pasión del Señor (5 de abril de 2009)****XXIV Jornada Mundial de la Juventud**

Queridos hermanos y hermanas,  
queridos jóvenes:

Junto con una creciente muchedumbre de peregrinos, Jesús había subido a Jerusalén para la Pascua. En la última etapa del camino, cerca de Jericó, había curado al ciego Bartimeo, que lo había invocado como Hijo de David y suplicado piedad. Ahora que ya podía ver, se había sumado con gratitud al grupo de los peregrinos. Cuando a las puertas de Jerusalén Jesús montó en un borrico, que simbolizaba el reinado de David, entre los peregrinos explotó espontáneamente la alegre certeza: Es él, el Hijo de David. Y saludan a Jesús con la aclamación mesiánica: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!»; y añaden: «¡Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David! ¡Hosanna en el cielo!», (Mc 11,9s). No sabemos cómo se imaginaban exactamente los peregrinos entusiastas el reino de David que llega. Pero nosotros, ¿hemos entendido realmente el mensaje de Jesús, Hijo de David? ¿Hemos entendido lo que es el Reino del que habló al ser interrogado por Pilato? ¿Comprendemos lo que quiere decir que su Reino no es de este mundo? ¿O acaso quisiéramos más bien que fuera de este mundo?

San Juan, en su Evangelio, después de narrar la entrada en Jerusalén, añade una serie de dichos de Jesús, en los que Él explica lo esencial de este nuevo género de reino. A simple vista podemos distinguir en estos textos tres imágenes diversas del reino en las que, aunque de modo diferente, se refleja el mismo misterio. Ante todo, Juan relata que, entre los peregrinos que querían «adorar a Dios» durante la fiesta, había también algunos griegos (cf.

12,20). Fijémonos en que el verdadero objetivo de estos peregrinos era adorar a Dios. Esto concuerda perfectamente con lo que Jesús dice en la purificación del Templo: «Mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos» (Mc 11,17). La verdadera meta de la peregrinación ha de ser encontrar a Dios, adorarlo, y así poner en el justo orden la relación de fondo de nuestra vida. Los griegos están en busca de Dios, con su vida están en camino hacia Dios. Ahora, mediante dos Apóstoles de lengua griega, Felipe y Andrés, hacen llegar al Señor esta petición: «Quisiéramos ver a Jesús» (Jn 12,21). Son palabras mayores. Queridos amigos, por eso nos hemos reunido aquí: Queremos ver a Jesús. Para eso han ido a Sydney el año pasado miles de jóvenes. Ciertamente, habrán puesto muchas ilusiones en esta peregrinación. Pero el objetivo esencial era éste: Queremos ver a Jesús.

¿Qué dijo, qué hizo Jesús en aquel momento ante esta petición? En el Evangelio no aparece claramente que hubiera un encuentro entre aquellos griegos y Jesús. La vista de Jesús va mucho más allá. El núcleo de su respuesta a la solicitud de aquellas personas es: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24). Y esto quiere decir: ahora no tiene importancia un coloquio más o menos breve con algunas personas, que después vuelven a casa. Vendré al encuentro del mundo de los griegos como grano de trigo muerto y resucitado, de manera totalmente nueva y por encima de los límites del momento. Por su resurrección, Jesús supera los límites del espacio y del tiempo. Como Resucitado, recorre la inmensidad del mundo y de la historia. Sí, como Resucitado, va a los griegos y habla con ellos, se les manifiesta, de modo que ellos, los lejanos, se convierten en cercanos y, precisamente en su lengua, en su cultura, la palabra de Jesús irá avanzando y será entendida de un modo nuevo: así viene su Reino. Por tanto, podemos reconocer dos características esenciales de este Reino. La primera es que este Reino pasa por la cruz. Puesto que Jesús se entrega totalmente, como Resucitado puede pertenecer a todos y hacerse presente a todos. En la sagrada Eucaristía recibimos el fruto del grano de trigo que muere, la multiplicación de los panes que continúa hasta el fin del

mundo y en todos los tiempos. La segunda característica dice: su Reino es universal. Se cumple la antigua esperanza de Israel: esta realeza de David ya no conoce fronteras. Se extiende «de mar a mar», como dice el profeta Zacarías (9,10), es decir, abarca todo el mundo. Pero esto es posible sólo porque no es la soberanía de un poder político, sino que se basa únicamente en la libre adhesión del amor; un amor que responde al amor de Jesucristo, que se ha entregado por todos. Pienso que siempre hemos de aprender de nuevo ambas cosas. Ante todo, la universalidad, la catolicidad. Ésta significa que nadie puede considerarse a sí mismo, a su cultura a su tiempo y su mundo como absoluto. Y eso requiere que todos nos acojamos recíprocamente, renunciando a algo nuestro. La universalidad incluye el misterio de la cruz, la superación de sí mismos, la obediencia a la palabra de Jesucristo, que es común, en la común Iglesia. La universalidad es siempre una superación de sí mismos, renunciar a algo personal. La universalidad y la cruz van juntas. Sólo así se crea la paz.

La palabra sobre el grano de trigo que muere sigue formando parte de la respuesta de Jesús a los griegos, es su respuesta. Pero, a continuación, Él formula una vez más la ley fundamental de la existencia humana: «El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna» (Jn 12,25). Es decir, quien quiere tener su vida para sí, vivir sólo para él mismo, tener todo en puño y explotar todas sus posibilidades, éste es precisamente quien pierde la vida. Ésta se vuelve tediosa y vacía. Solamente en el abandono de sí mismo, en la entrega desinteresada del yo en favor del tú, en el «sí» a la vida más grande, la vida de Dios, nuestra vida se ensancha y engrandece. Así, este principio fundamental que el Señor establece es, en último término, simplemente idéntico al principio del amor. En efecto, el amor significa dejarse a sí mismo, entregarse, no querer poseerse a sí mismo, sino liberarse de sí: no replegarse sobre sí mismo — ¡qué será de mí! — sino mirar adelante, hacia el otro, hacia Dios y hacia los hombres que Él pone a mi lado. Y este principio del amor, que define el camino del hombre, es una vez más idéntico al misterio de la cruz, al misterio de muerte y resurrección que encontra-



mos en Cristo. Queridos amigos, tal vez sea relativamente fácil aceptar esto como gran visión fundamental de la vida. Pero, en la realidad concreta, no se trata simplemente de reconocer un principio, sino de vivir su verdad, la verdad de la cruz y la resurrección. Y por ello, una vez más, no basta una única gran decisión. Indudablemente, es importante, esencial, lanzarse a la gran decisión fundamental, al gran «sí» que el Señor nos pide en un determinado momento de nuestra vida. Pero el gran «sí» del momento decisivo en nuestra vida —el «sí» a la verdad que el Señor nos pone delante— ha de ser después reconquistado cotidianamente en las situaciones de todos los días en las que, una y otra vez, hemos de abandonar nuestro yo, ponernos a disposición, aun cuando en el fondo quisiéramos más bien aferrarnos a nuestro yo. También el sacrificio, la renuncia, son parte de una vida recta. Quien promete una vida sin este continuo y renovado don de sí mismo, engaña a la gente. Sin sacrificio, no existe una vida lograda. Si echo una mirada retrospectiva sobre mi vida personal, tengo que decir que precisamente los momentos en que he dicho «sí» a una renuncia han sido los momentos grandes e importantes de mi vida.

Finalmente, san Juan ha recogido también en su relato de los dichos del Señor para el «Domingo de Ramos» una forma modificada de la oración de Jesús en el Huerto de los Olivos. Ante todo una afirmación: «Mi alma está agitada» (12,27). Aquí aparece el pavor de Jesús, ampliamente descrito por los otros tres evangelistas: su terror ante el poder de la muerte, ante todo el abismo de mal que ve, y al cual debe bajar. El Señor sufre nuestras angustias junto con nosotros, nos acompaña a través de la última angustia hasta la luz. En Juan, siguen después dos súplicas de Jesús. La primera formulada sólo de manera condicional: «¿Qué diré? Padre, líbrame de esta hora» (12,27). Como ser humano, también Jesús se siente impulsado a rogar que se le libre del terror de la pasión. También nosotros podemos orar de este modo. También nosotros podemos lamentarnos ante el Señor, como Job, presentarle todas las nuestras peticiones que surgen en nosotros frente a la injusticia en el mundo y las trabas de nuestro propio yo. Ante Él, no hemos de refugiarnos en frases piadosas, en un mundo ficticio.



Orar siempre significa luchar también con Dios y, como Jacob, podemos decirle: «no te soltaré hasta que me bendigas» (Gn 32,27). Pero luego viene la segunda petición de Jesús: «Glorifica tu nombre» (Jn 12,28). En los sinópticos, este ruego se expresa así: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42). Al final, la gloria de Dios, su señoría, su voluntad, es siempre más importante y más verdadera que mi pensamiento y mi voluntad. Y esto es lo esencial en nuestra oración y en nuestra vida: aprender este orden justo de la realidad, aceptarlo íntimamente; confiar en Dios y creer que Él está haciendo lo que es justo; que su voluntad es la verdad y el amor; que mi vida se hace buena si aprendo a ajustarme a este orden. Vida, muerte y resurrección de Jesús, son para nosotros la garantía de que verdaderamente podemos fiarnos de Dios. De este modo se realiza su Reino.

Queridos amigos. Al término de esta liturgia, los jóvenes de Australia entregarán la Cruz de la Jornada Mundial de la Juventud a sus coetáneos de España. La Cruz está en camino de una a otra parte del mundo, de mar a mar. Y nosotros la acompañamos. Avancemos con ella por su camino y así encontraremos nuestro camino. Cuando tocamos la Cruz, más aún, cuando la llevamos, tocamos el misterio de Dios, el misterio de Jesucristo: el misterio de que Dios ha tanto amado al mundo, a nosotros, que entregó a su Hijo único por nosotros (cf. Jn 3,16). Toquemos el misterio maravilloso del amor de Dios, la única verdad realmente redentora. Pero hagamos nuestra también la ley fundamental, la norma constitutiva de nuestra vida, es decir, el hecho que sin el «sí» a la Cruz, sin caminar día tras día en comunión con Cristo, no se puede lograr la vida. Cuanto más renunciemos a algo por amor de la gran verdad y el gran amor — por amor de la verdad y el amor de Dios —, tanto más grande y rica se hace la vida. Quien quiere guardar su vida para sí mismo, la pierde. Quien da su vida — cotidianamente, en los pequeños gestos que forman parte de la gran decisión —, la encuentra. Esta es la verdad exigente, pero también profundamente bella y liberadora, en la que queremos entrar paso a paso durante el camino de la Cruz por los continentes. Que el Señor bendiga este camino. Amén.

**IV.  
4.****DISCURSO del Santo Padre Benedicto XVI a un grupo de jóvenes españoles venidos a roma para recoger la cruz de la Jornada Mundial de la Juventud (6 de abril de 2009)**

Queridos amigos:

Es para mí un gran gozo recibir en esta audiencia a un grupo tan numeroso, venido de Madrid y de España para recoger la Cruz de los jóvenes que recorrerá diversas ciudades hasta la Jornada Mundial de la Juventud, en Madrid el año dos mil once. Saludo cordialmente al Señor Cardenal Arzobispo de Madrid, Antonio María Rouco Varela, que preside esta peregrinación, al coordinador general de la Jornada, su obispo auxiliar, Monseñor César Augusto Franco Martínez, y a los demás obispos, a los sacerdotes y catequistas que han querido estar aquí. Os saludo con afecto especialmente a vosotros, queridos jóvenes, que, al tomar la cruz, confesáis vuestra fe en Aquel que os ama sin medida, el Señor Jesús, cuyo misterio pascual celebraremos en estos días santos. Como he dicho en otra ocasión, «la fe, a su modo, necesita ver y tocar. El encuentro con la cruz, que se toca y se lleva, se transforma en un encuentro interior con Aquel que en la cruz murió por nosotros. El encuentro con la cruz suscita en lo más íntimo de los jóvenes el recuerdo del Dios que quiso hacerse hombre y sufrir con nosotros» (A los miembros de la Curia romana, 22 diciembre 2008). Me alegra saber que esta cruz que habéis recibido la llevaréis en procesión el Viernes Santo por las calles de Madrid para que sea aclamada y venerada.

Os animo, por tanto, a descubrir en la Cruz la medida infinita del amor de Cristo, y poder decir así, como san Pablo: «vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí» (Ga 2,20). Sí, queridos jóvenes, Cristo se ha entregado por cada uno de vosotros y os ama de modo único y personal. Responded vosotros al amor de Cristo ofreciéndole vuestra vida con amor. De este modo, la prepa-

ración de la Jornada Mundial de la Juventud, cuyos trabajos habéis comenzado con mucha ilusión y entrega, serán recompensados con el fruto que pretenden estas Jornadas: renovar y fortalecer la experiencia del encuentro con Cristo muerto y resucitado por nosotros.

Id tras las huellas de Cristo. Él es vuestra meta, vuestro camino y también vuestro premio. En el lema que he escogido para la Jornada de Madrid, el apóstol Pablo invita a caminar, «arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (Col 2,7). La vida es un camino, ciertamente. Pero no es un camino incierto y sin destino fijo, sino que conduce a Cristo, meta de la vida humana y de la historia. Por este camino llegaréis a encontraros con Aquel que, entregando su vida por amor, os abre las puertas de la vida eterna. Os invito, pues, a formaros en la fe que da sentido a vuestra vida y a fortalecer vuestras convicciones, para poder así permanecer firmes en las dificultades de cada día. Os exhorto, además, a que, en el camino hacia Cristo, sepáis atraer a vuestros jóvenes amigos, compañeros de estudio y de trabajo, para que también ellos lo conozcan y lo confiesen como Señor de sus vidas. Para ello, dejad que la fuerza de lo Alto que está dentro de vosotros, el Espíritu Santo, se manifieste con su inmenso atractivo. Los jóvenes de hoy necesitan descubrir la vida nueva que viene de Dios, saciarse de la verdad que tiene su fuente en Cristo muerto y resucitado y que la Iglesia ha recibido como un tesoro para todos los hombres.

Queridos jóvenes, este tiempo de preparación a la Jornada de Madrid es una ocasión extraordinaria para experimentar además la gracia de pertenecer a la Iglesia, Cuerpo de Cristo. Las Jornadas de la Juventud manifiestan el dinamismo de la Iglesia y su eterna juventud. Quien ama a Cristo, ama a la Iglesia con una misma pasión, pues ella nos permite vivir en una relación estrecha con el Señor. Por ello, cultivad las iniciativas que permitan a los jóvenes sentirse miembros de la Iglesia, en plena comunión con sus pastores y con el Sucesor de Pedro. Orad en común, abriendo las puertas de vuestras parroquias, asociaciones y movimientos para que todos puedan sentirse en la Iglesia como en su propia casa, en la que son amados con el mismo amor de Dios. Celebrad y vivid vuestra fe con inmensa alegría, que es el don del Espíritu. Así,

vuestros corazones y los de vuestros amigos se prepararán para celebrar la gran fiesta que es la Jornada de la Juventud y todos experimentaremos una nueva epifanía de la juventud de la Iglesia.

En estos días tan hermosos de la Semana Santa, que ayer iniciamos, os aliento a contemplar a Cristo en los misterios de su pasión, muerte y resurrección. En ellos hallaréis lo que supera toda sabiduría y conocimiento, es decir, el amor de Dios manifestado en Cristo. Aprended de Él, que no vino «a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (Mc 10,45). Éste es el estilo del amor de Cristo, marcado con el signo de la cruz gloriosa, en la que Cristo es exaltado, a la vista de todos, con el corazón abierto, para que el mundo pueda mirar y ver, a través de su perfecta humanidad, el amor que nos salva. La cruz se convierte así en el signo mismo de la vida, pues en ella Cristo vence el pecado y la muerte mediante la total entrega de sí mismo. Por eso, hemos de abrazar y adorar la cruz del Señor, hacerla nuestra, aceptar su peso como el Cireneo para participar en lo único que puede redimir a toda la humanidad (cf. Col 1,24). En el bautismo habéis sido marcados con la cruz de Cristo y le pertenecéis totalmente. Hacedos cada vez más dignos ella y jamás os avergoncéis de este signo supremo del amor.

Con esta actitud profundamente cristiana, llevaréis adelante los trabajos de preparación para la Jornada Mundial de la Juventud con éxito y fecundidad, porque, según dice san Pablo, todo lo podemos en Aquel que nos da la fuerza (Cf. Flp 4,13). Y en Cristo crucificado se nos ha manifestado la fuerza y la sabiduría de Dios (cf. 1 Co 1,14). Dejaos invadir de esta fuerza y sabiduría, comunicadla a los demás y, bajo la protección de la Santísima Virgen María, preparad con dedicación y gozo la Jornada de la Juventud que hará de Madrid un lugar radiante de fe y vida, donde jóvenes de todo el mundo festejen con entusiasmo a Cristo.

Llevad mi afectuoso saludo a vuestras familias y a los amigos y compañeros que no han podido venir hoy, y a los que también bendigo de corazón.

Felices fiestas de Pascua. Muchas gracias.

**IV.  
5.****HOMILÍA de su Santidad Benedicto  
XVI en la Solemne Misa Crismal  
(9 de abril de 2009)**

Queridos hermanos y hermanas:

En el Cenáculo, la tarde antes de su pasión, el Señor oró por sus discípulos reunidos en torno a Él, pero con la vista puesta al mismo tiempo en la comunidad de los discípulos de todos los siglos, «los que crean en mí por la palabra de ellos» (Jn 17,20). En la plegaria por los discípulos de todos los tiempos, Él nos ha visto también a nosotros y ha rezado por nosotros. Escuchemos lo que pide para los Doce y para los que estamos aquí reunidos: «Santificalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así los envío yo también al mundo. Y por ellos me consagro yo, para que también se consagren ellos en la verdad» (17,17ss). El Señor pide nuestra santificación, nuestra consagración en la verdad. Y nos envía para continuar su misma misión. Pero hay en esta súplica una palabra que nos llama la atención, que nos parece poco comprensible. Dice Jesús: «Por ellos me consagro yo». ¿Qué quiere decir? ¿Acaso Jesús no es de por sí «el Santo de Dios», como confesó Pedro en la hora decisiva en Cafarnaún (cf. Jn 6,69)? ¿Cómo puede ahora consagrarse, es decir, santificarse a sí mismo?

Para entender esto, hemos de aclarar antes de nada lo que quieren decir en la Biblia las palabras «santo» y «santificar/consagrar». Con el término «santo» se describe en primer lugar la naturaleza de Dios mismo, su modo de ser del todo singular, divino, que corresponde sólo a Él. Sólo Él es el auténtico y verdadero Santo en el sentido originario. Cualquier otra santidad deriva de Él, es participación en su modo de ser. Él es la Luz purísima, la Verdad y el Bien sin mancha. Por tanto, consagrar algo o alguno significa dar en propiedad a Dios algo o alguien, sacarlo del ámbito de lo que es nuestro e introducirlo en su ambiente, de modo que ya no pertenezca a lo nuestro, sino enteramente a Dios. Consagración es,

pues, un sacar del mundo y un entregar al Dios vivo. La cosa o la persona ya no nos pertenece, ni pertenece a sí misma, sino que está inmersa en Dios. Un privarse así de algo para entregarlo a Dios, lo llamamos también sacrificio: ya no será propiedad mía, sino suya. En el Antiguo Testamento, la entrega de una persona a Dios, es decir, su «santificación», se identifica con la Ordenación sacerdotal y, de este modo, se define también en qué consiste el sacerdocio: es un paso de propiedad, un ser sacado del mundo y entregado a Dios. Con ello se subrayan ahora las dos direcciones que forman parte del proceso de la santificación/consagración. Es un salir del contexto de la vida mundana, un «ser puestos a parte» para Dios. Pero precisamente por eso no es una segregación. Ser entregados a Dios significa más bien ser puestos para representar a los otros. El sacerdote es sustraído a los lazos mundanos y entregado a Dios, y precisamente así, a partir de Dios, debe quedar disponible para los otros, para todos. Cuando Jesús dice «Yo me consagro», Él se hace a la vez sacerdote y víctima. Por tanto, Bultmann tiene razón traduciendo la afirmación «Yo me consagro» por «Yo me sacrifico». ¿Comprendemos ahora lo que sucede cuando Jesús dice: «Por ellos me consagro yo»? Éste es el acto sacerdotal en el que Jesús —el hombre Jesús, que es una cosa sola con el Hijo de Dios— se entrega al Padre por nosotros. Es la expresión de que Él es al mismo tiempo sacerdote y víctima. Me consagro, me sacrifico: esta palabra abismal, que nos permite asomarnos a lo íntimo del corazón de Jesucristo, debería ser una y otra vez objeto de nuestra reflexión. En ella se encierra todo el misterio de nuestra redención. Y ella contiene también el origen del sacerdocio de la Iglesia, de nuestro sacerdocio.

Sólo ahora podemos comprender a fondo la súplica que el Señor ha presentado al Padre por los discípulos, por nosotros. «Conságralos en la verdad»: ésta es la inserción de los apóstoles en el sacerdocio de Jesucristo, la institución de su sacerdocio nuevo para la comunidad de los fieles de todos los tiempos. «Conságralos en la verdad»: ésta es la verdadera oración de consagración para los apóstoles. El Señor pide que Dios mismo los atraiga hacia sí, al seno de su santidad. Pide que los sustraiga de sí mismos y los tome

como propiedad suya, para que, desde Él, puedan desarrollar el servicio sacerdotal para el mundo. Esta oración de Jesús aparece dos veces en forma ligeramente modificada. En ambos casos debemos escuchar con mucha atención para empezar a entender, al menos vagamente, la sublime realidad que se está operando aquí. «Conságralos en la verdad». Y Jesús añade: «Tu palabra es verdad». Por tanto, los discípulos son sumidos en lo íntimo de Dios mediante su inmersión en la palabra de Dios. La palabra de Dios es, por decirlo así, el baño que los purifica, el poder creador que los transforma en el ser de Dios. Y entonces, ¿cómo están las cosas en nuestra vida? ¿Estamos realmente impregnados por la palabra de Dios? ¿Es ella en verdad el alimento del que vivimos, más que lo que pueda ser el pan y las cosas de este mundo? ¿La conocemos verdaderamente? ¿La amamos? ¿Nos ocupamos interiormente de esta palabra hasta el punto de que realmente deja una impronta en nuestra vida y forma nuestro pensamiento? ¿O no es más bien nuestro pensamiento el que se amolda una y otra vez a todo lo que se dice y se hace? ¿Acaso no son con frecuencia las opiniones predominantes los criterios que marcan nuestros pasos? ¿Acaso no nos quedamos, a fin de cuentas, en la superficialidad de todo lo que frecuentemente se impone al hombre de hoy? ¿Nos dejamos realmente purificar en nuestro interior por la palabra de Dios? Nietzsche se ha burlado de la humildad y la obediencia como virtudes serviles, por las cuales se habría reprimido a los hombres. En su lugar, ha puesto el orgullo y la libertad absoluta del hombre. Ahora bien, hay caricaturas de una humildad equivocada y una falsa sumisión que no queremos imitar. Pero existe también la soberbia destructiva y la presunción, que disgregan toda comunidad y acaban en la violencia. ¿Sabemos aprender de Cristo la recta humildad, que corresponde a la verdad de nuestro ser, y esa obediencia que se somete a la verdad, a la voluntad de Dios? «Santificalos en la verdad: tu palabra es verdad»: esta palabra de la incorporación en el sacerdocio ilumina nuestra vida y nos llama a ser siempre nuevamente discípulos de esa verdad que se desvela en la palabra de Dios.

En la interpretación de esta frase podemos dar un paso más todavía. ¿Acaso no ha dicho Cristo de sí mismo: «Yo soy la verdad»



(cf. Jn 14,6)? ¿Y acaso no es Él mismo la Palabra viva de Dios, a la que se refieren todas las otras palabras? Conságralos en la verdad, quiere decir, pues, en lo más hondo: hazlos una sola cosa conmigo, Cristo. Sujétalos a mí. Ponlos dentro de mí. Y, en efecto, en último término hay un único sacerdote de la Nueva Alianza, Jesucristo mismo. Por tanto, el sacerdocio de los discípulos sólo puede ser participación en el sacerdocio de Jesús. Así, pues, nuestro ser sacerdotes no es más que un nuevo y radical modo de unión con Cristo. Ésta se nos ha dado sustancialmente para siempre en el Sacramento. Pero este nuevo sello del ser puede convertirse para nosotros en un juicio de condena, si nuestra vida no se desarrolla entrando en la verdad del Sacramento. A este propósito, las promesas que hoy renovamos dicen que nuestra voluntad ha de ser orientada así: «Domino Iesu arctius coniungi et conformari, vobismetipsis abrenuntiantes». Unirse a Cristo supone la renuncia. Comporta que no queremos imponer nuestro rumbo y nuestra voluntad; que no deseamos llegar a ser esto o lo otro, sino que nos abandonamos a Él, donde sea y del modo que Él quiera servirse de nosotros. San Pablo decía a este respecto: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,20). En el «sí» de la Ordenación sacerdotal hemos hecho esta renuncia fundamental al deseo de ser autónomos, a la «autorrealización». Pero hace falta cumplir día tras día este gran «sí» en los muchos pequeños «sí» y en las pequeñas renunciaciones. Este «sí» de los pequeños pasos, que en su conjunto constituyen el gran «sí», sólo se podrá realizar sin amargura y autocompasión si Cristo es verdaderamente el centro de nuestra vida. Si entramos en una verdadera familiaridad con Él. En efecto, entonces experimentamos en medio de las renunciaciones, que en un primer momento pueden causar dolor, la alegría creciente de la amistad con Él; todos los pequeños, y a veces también grandes signos de su amor, que continuamente nos da. «Quien se pierde a sí mismo, se guarda». Si nos arriesgamos a perdernos a nosotros mismos por el Señor, experimentamos lo verdadera que es su palabra.

Estar inmersos en la Verdad, en Cristo, es un proceso que forma parte de la oración en la que nos ejercitamos en la amistad con Él y también aprendemos a conocerlo: en su modo de ser, pen-



sar, actuar. Orar es un caminar en comunión personal con Cristo, exponiendo ante Él nuestra vida cotidiana, nuestros logros y fracasos, nuestras dificultades y alegrías: es un sencillo presentarnos a nosotros mismos delante de Él. Pero para que eso no se convierta en una autocontemplación, es importante aprender continuamente a orar rezando con la Iglesia. Celebrar la Eucaristía quiere decir orar. Celebramos correctamente la Eucaristía cuando entramos con nuestro pensamiento y nuestro ser en las palabras que la Iglesia nos propone. En ellas está presente la oración de todas las generaciones, que nos llevan consigo por el camino hacia el Señor. Y, como sacerdotes, en la celebración eucarística somos aquellos que, con su oración, abren paso a la plegaria de los fieles de hoy. Si estamos unidos interiormente a las palabras de la oración, si nos dejamos guiar y transformar por ellas, también los fieles tienen al alcance esas palabras. Y, entonces, todos nos hacemos realmente «un cuerpo solo y una sola alma» con Cristo.

Estar inmersos en la verdad y, así, en la santidad de Dios, también significa para nosotros aceptar el carácter exigente de la verdad; contraponerse tanto en las cosas grandes como en las pequeñas a la mentira que hay en el mundo en tantas formas diferentes; aceptar la fatiga de la verdad, para que su alegría más profunda esté presente en nosotros. Cuando hablamos del ser consagrados en la verdad, tampoco hemos de olvidar que, en Jesucristo, verdad y amor son una misma cosa. Estar inmersos en Él significa afondar en su bondad, en el amor verdadero. El amor verdadero no cuesta poco, puede ser también muy exigente. Opone resistencia al mal, para llevar el verdadero bien al hombre. Si nos hacemos uno con Cristo, aprendemos a reconocerlo precisamente en los que sufren, en los pobres, en los pequeños de este mundo; entonces nos convertimos en personas que sirven, que reconocen a sus hermanos y hermanas, y en ellos encuentran a Él mismo.

«Conságralos en la verdad». Ésta es la primera parte de aquel dicho de Jesús. Pero luego añade: «Y por ellos me consagro yo, para que también se consagren ellos en la verdad» (Jn 17,19), es decir, verdaderamente. Pienso que esta segunda parte tiene un

propio significado específico. En las religiones del mundo hay múltiples modos rituales de «santificación», de consagración de una persona humana. Pero todos estos ritos pueden quedarse en simples formalidades. Cristo pide para los discípulos la verdadera santificación, que transforma su ser, a ellos mismos; que no se quede en una forma ritual, sino que sea un verdadero convertirse en propiedad del mismo Dios. También podríamos decir: Cristo ha pedido para nosotros el Sacramento que nos toca en la profundidad de nuestro ser. Pero también ha rogado para que esta transformación en nosotros, día tras día, se haga vida; para que en lo ordinario, en lo concreto de cada día, estemos verdaderamente inundados de la luz de Dios.

La víspera de mi Ordenación sacerdotal, hace 58 años, abrí la Sagrada Escritura porque todavía quería recibir una palabra del Señor para aquel día y mi camino futuro de sacerdote. Mis ojos se detuvieron en este pasaje: «Santificalos en la verdad: tu palabra es verdad». Entonces me dí cuenta: el Señor está hablando de mí, y está hablándome a mí. Y lo mismo me ocurrirá mañana. No somos consagrados en último término por ritos, aunque haya necesidad de ellos. El baño en el que nos sumerge el Señor es Él mismo, la Verdad en persona. La Ordenación sacerdotal significa ser injertados en Él, en la Verdad. Pertenezco de un modo nuevo a Él y, por tanto, a los otros, «para que venga su Reino». Queridos amigos, en esta hora de la renovación de las promesas queremos pedir al Señor que nos haga hombres de verdad, hombres de amor, hombres de Dios. Roguémosle que nos atraiga cada vez más dentro de sí, para que nos convirtamos verdaderamente en sacerdotes de la Nueva Alianza. Amén.

**IV.  
6.****HOMILÍA de su Santidad Benedicto  
XVI en la Misa «In Cena Domini»  
(9 de abril de 2008)**

Queridos hermanos y hermanas:

Qui, pridie quam pro nostra omniumque salute pateretur, hoc est hodie, accepit panem. Así diremos hoy en el Canon de la Santa Misa. «Hoc est hodie». La Liturgia del Jueves Santo incluye la palabra «hoy» en el texto de la plegaria, subrayando con ello la dignidad particular de este día. Ha sido «hoy» cuando Él lo ha hecho: se nos ha entregado para siempre en el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. Este «hoy» es sobre todo el memorial de la Pascua de entonces. Pero es más aún. Con el Canon entramos en este «hoy». Nuestro hoy se encuentra con su hoy. Él hace esto ahora. Con la palabra «hoy», la Liturgia de la Iglesia quiere inducirnos a que prestemos gran atención interior al misterio de este día, a las palabras con que se expresa. Tratemos, pues, de escuchar de modo nuevo el relato de la institución, tal y como la Iglesia lo ha formulado basándose en la Escritura y contemplando al Señor mismo.

Lo primero que nos sorprende es que el relato de la institución no es una frase suelta, sino que empieza con un pronombre relativo: qui pridie. Este «qui» enlaza todo el relato con la palabra precedente de la oración, «...de manera que sea para nosotros Cuerpo y Sangre de tu Hijo amado, Jesucristo, nuestro Señor». De este modo, el relato está unido a la oración anterior, a todo el Canon, y se hace él mismo oración. En efecto, en modo alguno se trata de un relato sencillamente insertado aquí; tampoco se trata de palabras aisladas de autoridad, que quizás interrumpirían la oración. Es oración. Y solamente en la oración se cumple el acto sacerdotal de la consagración que se convierte en transformación, transustanciación de nuestros dones de pan y vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Rezando en este momento central, la Iglesia

concuerta totalmente con el acontecimiento del Cenáculo, ya que el actuar de Jesús se describe con las palabras: «*gratias agens benedixit*», «te dio gracias con la plegaria de bendición». Con esta expresión, la Liturgia romana ha dividido en dos palabras, lo que en hebreo es una sola, *berakha*, que en griego, en cambio, aparece en los dos términos de eucaristía y eología. El Señor agradece. Al agradecer, reconocemos que una cosa determinada es un don de otro. El Señor agradece, y de este modo restituye a Dios el pan, «fruto de la tierra y del trabajo del hombre», para poder recibirlo nuevamente de Él. Agradecer se transforma en bendecir. Lo que ha sido puesto en las manos de Dios, vuelve de Él bendecido y transformado. Por tanto, la Liturgia romana tiene razón al interpretar nuestro orar en este momento sagrado con las palabras: «ofrecemos», «pedimos», «acepta», «bendice esta ofrenda». Todo esto se oculta en la palabra eucaristia.

Hay otra particularidad en el relato de la institución del Canon Romano que queremos meditar en esta hora. La Iglesia orante se fija en las manos y los ojos del Señor. Quiere casi observarlo, desea percibir el gesto de su orar y actuar en aquella hora singular, encontrar la figura de Jesús, por decirlo así, también a través de los sentidos. «Tomó pan en sus santas y venerables manos». Nos fijamos en las manos con las que Él ha curado a los hombres; en las manos con las que ha bendecido a los niños; en las manos que ha impuesto sobre los hombres; en las manos clavadas en la Cruz y que llevarán siempre los estigmas como signos de su amor dispuesto a morir. Ahora tenemos el encargo de hacer lo que Él ha hecho: tomar en las manos el pan para que sea convertido mediante la plegaria eucarística. En la Ordenación sacerdotal, nuestras manos fueron unguadas, para que fuesen manos de bendición. Pidamos al Señor ahora que nuestras manos sirvan cada vez más para llevar la salvación, para llevar la bendición, para hacer presente su bondad.

De la introducción a la Oración sacerdotal de Jesús (cf. Jn 17, 1), el Canon usa luego las palabras: “elevando los ojos al cielo, hacia ti, Dios, Padre suyo todopoderoso”. El Señor nos enseña a

levantar los ojos y sobre todo el corazón. A levantar la mirada, apartándola de las cosas del mundo, a orientarnos hacia Dios en la oración y así elevar nuestro ánimo. En un himno de la Liturgia de las Horas pedimos al Señor que custodie nuestros ojos, para que no acojan ni dejen que en nosotros entren las “vanitates”, las vanidades, la banalidad, lo que sólo es apariencia. Pidamos que a través de los ojos no entre el mal en nosotros, falsificando y ensuciando así nuestro ser. Pero queremos pedir sobre todo que tengamos ojos que vean todo lo que es verdadero, luminoso y bueno, para que seamos capaces de ver la presencia de Dios en el mundo. Pidamos, para que miremos el mundo con ojos de amor, con los ojos de Jesús, reconociendo así a los hermanos y las hermanas que nos necesitan, que están esperando nuestra palabra y nuestra acción.

Después de bendecir, el Señor parte el pan y lo da a los discípulos. Partir el pan es el gesto del padre de familia que se preocupa de los suyos y les da lo que necesitan para la vida. Pero es también el gesto de la hospitalidad con que se acoge al extranjero, al huésped, y se le permite participar en la propia vida. Dividir, com-partir, es unir. A través del compartir se crea comunión. En el pan partido, el Señor se reparte a sí mismo. El gesto del partir alude misteriosamente también a su muerte, al amor hasta la muerte. Él se da a sí mismo, que es el verdadero «pan para la vida del mundo» (cf. Jn 6, 51). El alimento que el hombre necesita en lo más hondo es la comunión con Dios mismo. Al agradecer y bendecir, Jesús transforma el pan, y ya no es pan terrenal lo que da, sino la comunión consigo mismo. Esta transformación, sin embargo, quiere ser el comienzo de la transformación del mundo. Para que llegue a ser un mundo de resurrección, un mundo de Dios. Sí, se trata de transformación. Del hombre nuevo y del mundo nuevo que comienzan en el pan consagrado, transformado, transustanciado.

Hemos dicho que partir el pan es un gesto de comunión, de unir mediante el compartir. Así, en el gesto mismo se alude ya a la naturaleza íntima de la Eucaristía: ésta es agape, es amor hecho corpóreo. En la palabra «agape», se compenetran los significados de Eucaristía y amor. En el gesto de Jesús que parte el pan, el

amor que se comparte ha alcanzado su extrema radicalidad: Jesús se deja partir como pan vivo. En el pan distribuido reconocemos el misterio del grano de trigo que muere y así da fruto. Reconocemos la nueva multiplicación de los panes, que deriva del morir del grano de trigo y continuará hasta el fin del mundo. Al mismo tiempo vemos que la Eucaristía nunca puede ser sólo una acción litúrgica. Sólo es completa, si el agape litúrgico se convierte en amor cotidiano. En el culto cristiano, las dos cosas se transforman en una, el ser agraciados por el Señor en el acto cultual y el cultivo del amor respecto al prójimo. Pidamos en esta hora al Señor la gracia de aprender a vivir cada vez mejor el misterio de la Eucaristía, de manera que comience así la transformación del mundo.

Después del pan, Jesús toma el cáliz de vino. El Canon Romano designa el cáliz que el Señor da a los discípulos, como «*praeclarus calix*», cáliz glorioso, aludiendo con ello al Salmo 23 [22], el Salmo que habla de Dios como del Pastor poderoso y bueno. En él se lee: «preparas una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos; ...y mi copa rebosa» (v. 5), *calix praeclarus*. El Canon Romano interpreta esta palabra del Salmo como una profecía que se cumple en la Eucaristía. Sí, el Señor nos prepara la mesa en medio de las amenazas de este mundo, y nos da el cáliz glorioso, el cáliz de la gran alegría, de la fiesta verdadera que todos anhelamos, el cáliz rebosante del vino de su amor. El cáliz significa la boda: ahora ha llegado «la hora» a la que en las bodas de Caná se aludía de forma misteriosa. Sí, la Eucaristía es más que un banquete, es una fiesta de boda. Y esta boda se funda en la autodonación de Dios hasta la muerte. En las palabras de la última Cena de Jesús y en el Canon de la Iglesia, el misterio solemne de la boda se esconde bajo la expresión «*novum Testamentum*». Este cáliz es el nuevo Testamento, «la nueva Alianza sellada con mi sangre», según la palabra de Jesús sobre el cáliz, que Pablo transmite en la segunda lectura de hoy (cf. 1 Co 11, 25). El Canon Romano añade: «de la alianza nueva y eterna», para expresar la indisolubilidad del vínculo nupcial de Dios con la humanidad. El motivo por el cual las traducciones antiguas de la Biblia no hablan de Alianza, sino de Testamento, es que no se trata de dos contrayentes iguales quienes

la establecen, sino que entra en juego la infinita distancia entre Dios y el hombre. Lo que nosotros llamamos nueva y antigua Alianza no es un acuerdo entre dos partes iguales, sino un mero don de Dios, que nos deja como herencia su amor, a sí mismo. Y ciertamente, a través de este don de su amor Él, superando cualquier distancia, nos convierte verdaderamente en partner y se realiza el misterio nupcial del amor.

Para poder comprender lo que allí ocurre en profundidad, hemos de escuchar más cuidadosamente aún las palabras de la Biblia y su sentido originario. Los estudiosos nos dicen que, en los tiempos remotos de que hablan las historias de los Patriarcas de Israel, «ratificar una alianza» significaba «entrar con otros en una unión fundada en la sangre, o bien acoger a alguien en la propia federación y entrar así en una comunión de derechos recíprocos». De este modo se crea una consanguinidad real, aunque no material. Los aliados se convierten en cierto modo en «hermanos de la misma carne y la misma sangre». La alianza realiza un conjunto que significa paz (cf. ThWNT II 105-137). ¿Podemos ahora hacernos al menos una idea de lo que ocurrió en la hora de la última Cena y que, desde entonces, se renueva cada vez que celebramos la Eucaristía? Dios, el Dios vivo establece con nosotros una comunión de paz, más aún, Él crea una “consanguinidad” entre Él y nosotros. Por la encarnación de Jesús, por su sangre derramada, hemos sido injertados en una consanguinidad muy real con Jesús y, por tanto, con Dios mismo. La sangre de Jesús es su amor, en el que la vida divina y la humana se han hecho una cosa sola. Pidamos al Señor que comprendamos cada vez más la grandeza de este misterio. Que Él despliegue su fuerza transformadora en nuestro interior, de modo que lleguemos a ser realmente consanguíneos de Jesús, llenos de su paz y, así, también en comunión unos con otros.

Sin embargo, ahora surge aún otra pregunta. En el Cenáculo, Cristo entrega a los discípulos su Cuerpo y su Sangre, es decir, Él mismo en la totalidad de su persona. Pero, ¿puede hacerlo? Todavía está físicamente presente entre ellos, está ante ellos. La respuesta es que, en aquella hora, Jesús cumple lo que previa-

mente había anunciado en el discurso sobre el Buen Pastor: «Nadie me quita la vida, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla» (cf. Jn 10,18). Nadie puede quitarle la vida: la da por libre decisión. En aquella hora anticipa la crucifixión y la resurrección. Lo que, por decirlo así, se cumplirá físicamente en Él, Él ya lo lleva a cabo anticipadamente en la libertad de su amor. Él entrega su vida y la recupera en la resurrección para poderla compartir para siempre.

Señor, Tú nos entregas hoy tu vida, Tú mismo te nos das. Llénanos de tu amor. Haznos vivir en tu «hoy». Haznos instrumentos de tu paz. Amén.



**IV.  
7.****HOMILÍA de Su Santidad Benedicto  
XVI en la celebración de la Vigilia  
Pascual  
(11 de abril de 2009)**

Queridos hermanos y hermanas:

San Marcos nos relata en su Evangelio que los discípulos, bajando del monte de la Transfiguración, discutían entre ellos sobre lo quería decir «resucitar de entre los muertos» (cf. Mc 9,10). Antes, el Señor les había anunciado su pasión y su resurrección a los tres días. Pedro había protestado ante el anuncio de la muerte. Pero ahora se preguntaban qué podía entenderse con el término «resurrección». ¿Acaso no nos sucede lo mismo a nosotros? La Navidad, el nacimiento del Niño divino, nos resulta enseguida hasta cierto punto comprensible. Podemos amar al Niño, podemos imaginar la noche de Belén, la alegría de María, de san José y de los pastores, el júbilo de los ángeles. Pero resurrección, ¿qué es? No entra en el ámbito de nuestra experiencia y, así, el mensaje muchas veces nos parece en cierto modo incomprensible, como una cosa del pasado. La Iglesia trata de hacérselo comprender traduciendo este acontecimiento misterioso al lenguaje de los símbolos, en los que podemos contemplar de alguna manera este acontecimiento sobrecogedor. En la Vigilia Pascual nos indica el sentido de este día especialmente mediante tres símbolos: la luz, el agua y el canto nuevo, el Aleluya.

Primero la luz. La creación de Dios —lo acabamos de escuchar en el relato bíblico— comienza con la expresión: «Que exista la luz» (Gn 1,3). Donde hay luz, nace la vida, el caos puede transformarse en cosmos. En el mensaje bíblico, la luz es la imagen más inmediata de Dios: Él es todo Luminosidad, Vida, Verdad, Luz. En la Vigilia Pascual, la Iglesia lee la narración de la creación como profecía. En la resurrección se realiza del modo más sublime lo que este texto describe como el principio de todas las cosas. Dios

dice de nuevo: «Que exista la luz». La resurrección de Jesús es un estallido de luz. Se supera la muerte, el sepulcro se abre de par en par. El Resucitado mismo es Luz, la luz del mundo. Con la resurrección, el día de Dios entra en la noche de la historia. A partir de la resurrección, la luz de Dios se difunde en el mundo y en la historia. Se hace de día. Sólo esta Luz, Jesucristo, es la luz verdadera, más que el fenómeno físico de luz. Él es la pura Luz: Dios mismo, que hace surgir una nueva creación en aquella antigua, y transforma el caos en cosmos.

Tratemos de entender esto aún mejor. ¿Por qué Cristo es Luz? En el Antiguo Testamento, se consideraba a la Torah como la luz que procede de Dios para el mundo y la humanidad. Separa en la creación la luz de las tinieblas, es decir, el bien del mal. Indica al hombre la vía justa para vivir verdaderamente. Le indica el bien, le muestra la verdad y lo lleva hacia el amor, que es su contenido más profundo. Ella es «lámpara para mis pasos» y «luz en el sendero» (cf. Sal 119,105). Además, los cristianos sabían que en Cristo está presente la Torah, que la Palabra de Dios está presente en Él como Persona. La Palabra de Dios es la verdadera Luz que el hombre necesita. Esta Palabra está presente en Él, en el Hijo. El Salmo 19 compara la Torah con el sol que, al surgir, manifiesta visiblemente la gloria de Dios en todo el mundo. Los cristianos entienden: sí, en la resurrección, el Hijo de Dios ha surgido como Luz del mundo. Cristo es la gran Luz de la que proviene toda vida. Él nos hace reconocer la gloria de Dios de un confín al otro de la tierra. Él nos indica la senda. Él es el día de Dios que ahora, avanzando, se difunde por toda la tierra. Ahora, viviendo con Él y por Él, podemos vivir en la luz.

En la Vigilia Pascual, la Iglesia representa el misterio de luz de Cristo con el signo del cirio pascual, cuya llama es a la vez luz y calor. El simbolismo de la luz se relaciona con el del fuego: luminosidad y calor, luminosidad y energía transformadora del fuego: verdad y amor van unidos. El cirio pascual arde y, al arder, se consume: cruz y resurrección son inseparables. De la cruz, de la auto-entrega del Hijo, nace la luz, viene la verdadera luminosidad al

mundo. Todos nosotros encendemos nuestras velas del cirio pascual, sobre todo las de los recién bautizados, a los que, en este Sacramento, se les pone la luz de Cristo en lo más profundo de su corazón. La Iglesia antigua ha calificado el Bautismo como fotismos, como Sacramento de la iluminación, como una comunicación de luz, y lo ha relacionado inseparablemente con la resurrección de Cristo. En el Bautismo, Dios dice al bautizando: «Recibe la luz». El bautizando es introducido en la luz de Cristo. Ahora, Cristo separa la luz de las tinieblas. En Él reconocemos lo verdadero y lo falso, lo que es la luminosidad y lo que es la oscuridad. Con Él surge en nosotros la luz de la verdad y empezamos a entender. Una vez, cuando Cristo vio a la gente que había venido para escucharlo y esperaba de Él una orientación, sintió lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor (cf. Mc 6,34). Entre las corrientes contrastantes de su tiempo, no sabían dónde ir. Cuánta compasión debe sentir Cristo también en nuestro tiempo por tantas grandilocuencias, tras las cuales se esconde en realidad una gran desorientación. ¿Dónde hemos de ir? ¿Cuáles son los valores sobre los cuales regularnos? ¿Los valores en que podemos educar a los jóvenes, sin darles normas que tal vez no aguantan o exigirles algo que quizás no se les debe imponer? Él es la Luz. El cirio bautismal es el símbolo de la iluminación que recibimos en el Bautismo. Así, en esta hora, también san Pablo nos habla muy directamente. En la Carta a los Filipenses, dice que, en medio de una generación tortuosa y convulsa, los cristianos han de brillar como lumbreras del mundo (cf. 2,15). Pidamos al Señor que la llamita de la vela, que Él ha encendido en nosotros, la delicada luz de su palabra y su amor, no se apague entre las confusiones de estos tiempos, sino que sea cada vez más grande y luminosa, con el fin de que seamos con Él personas amanecidas, astros para nuestro tiempo.

El segundo símbolo de la Vigilia Pascual — la noche del Bautismo — es el agua. Aparece en la Sagrada Escritura y, por tanto, también en la estructura interna del Sacramento del Bautismo en dos sentidos opuestos. Por un lado está el mar, que se manifiesta como el poder antagonista de la vida sobre la tierra, como su amenaza constante, pero al que Dios ha puesto un límite.

Por eso, el Apocalipsis dice que en el mundo nuevo de Dios ya no habrá mar (cf. 21,1). Es el elemento de la muerte. Y por eso se convierte en la representación simbólica de la muerte en cruz de Jesús: Cristo ha descendido en el mar, en las aguas de la muerte, como Israel en el Mar Rojo. Resucitado de la muerte, Él nos da la vida. Esto significa que el Bautismo no es sólo un lavacro, sino un nuevo nacimiento: con Cristo es como si descendiéramos en el mar de la muerte, para resurgir como criaturas nuevas.

El otro modo en que aparece el agua es como un manantial fresco, que da la vida, o también como el gran río del que proviene la vida. Según el primitivo ordenamiento de la Iglesia, se debía administrar el Bautismo con agua fresca de manantial. Sin agua no hay vida. Impresiona la importancia que tienen los pozos en la Sagrada Escritura. Son lugares de donde brota la vida. Junto al pozo de Jacob, Cristo anuncia a la Samaritana el pozo nuevo, el agua de la vida verdadera. Él se manifiesta como el nuevo Jacob, el definitivo, que abre a la humanidad el pozo que ella espera: ese agua que da la vida y que nunca se agota (cf. Jn 4,5.15). San Juan nos dice que un soldado golpeó con una lanza el costado de Jesús, y que del costado abierto, del corazón traspasado, salió sangre y agua (cf. Jn 19,34). La Iglesia antigua ha visto aquí un símbolo del Bautismo y la Eucaristía, que provienen del corazón traspasado de Jesús. En la muerte, Jesús se ha convertido Él mismo en el manantial. El profeta Ezequiel percibió en una visión el Templo nuevo del que brota un manantial que se transforma en un gran río que da la vida (cf. 47,1-12): en una Tierra que siempre sufría la sequía y la falta de agua, ésta era una gran visión de esperanza. El cristianismo de los comienzos entendió que esta visión se ha cumplido en Cristo. Él es el Templo auténtico y vivo de Dios. Y es la fuente de agua viva. De Él brota el gran río que fructifica y renueva el mundo en el Bautismo, el gran río de agua viva, su Evangelio que fecunda la tierra. Pero Jesús ha profetizado en un discurso durante la Fiesta de las Tiendas algo más grande aún. Dice: «El que cree en mí... de sus entrañas manarán torrentes de agua viva» (Jn 7,38). En el Bautismo, el Señor no sólo nos convierte en personas de luz, sino también en fuentes de las que brota agua viva. Todos nosotros

conocemos personas de este tipo, que nos dejan en cierto modo sosegados y renovados; personas que son como el agua fresca de un manantial. No hemos de pensar sólo en los grandes personajes, como Agustín, Francisco de Asís, Teresa de Ávila, Madre Teresa de Calcuta, y así sucesivamente; personas por las que han entrado en la historia realmente ríos de agua viva. Gracias a Dios, las encontramos continuamente también en nuestra vida cotidiana: personas que son una fuente. Ciertamente, conocemos también lo opuesto: gente de la que promana un vaho como el de un charco de agua putrefacta, o incluso envenenada. Pidamos al Señor, que nos ha dado la gracia del Bautismo, que seamos siempre fuentes de agua pura, fresca, saltarina del manantial de su verdad y de su amor.

El tercer gran símbolo de la Vigilia Pascual es de naturaleza singular, y concierne al hombre mismo. Es el cantar el canto nuevo, el aleluya. Cuando un hombre experimenta una gran alegría, no puede guardársela para sí mismo. Tiene que expresarla, transmitirla. Pero, ¿qué sucede cuando el hombre se ve alcanzado por la luz de la resurrección y, de este modo, entra en contacto con la Vida misma, con la Verdad y con el Amor? Simplemente, que no basta hablar de ello. Hablar no es suficiente. Tiene que cantar. En la Biblia, la primera mención de este cantar se encuentra después de la travesía del Mar Rojo. Israel se ha liberado de la esclavitud. Ha salido de las profundidades amenazadoras del mar. Es como si hubiera renacido. Está vivo y libre. La Biblia describe la reacción del pueblo a este gran acontecimiento de salvación con la expresión: «El pueblo creyó en el Señor y en Moisés, su siervo» (cf. Ex 14,31). Sigue a continuación la segunda reacción, que se desprende de la primera como una especie de necesidad interior: «Entonces Moisés y los hijos de Israel cantaron un cántico al Señor». En la Vigilia Pascual, año tras año, los cristianos entonamos después de la tercera lectura este canto, lo entonamos como nuestro cántico, porque también nosotros, por el poder de Dios, hemos sido rescatados del agua y liberados para la vida verdadera.

La historia del canto de Moisés tras la liberación de Israel de Egipto y el paso del Mar Rojo, tiene un paralelismo sorpren-

dente en el Apocalipsis de san Juan. Antes del comienzo de las últimas siete plagas a las que fue sometida la tierra, al vidente se le aparece «una especie de mar de vidrio veteado de fuego; en la orilla estaban de pie los que habían vencido a la bestia, a su imagen y al número que es cifra de su nombre: tenían en sus manos las arpas que Dios les había dado. Cantaban el cántico de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero» (Ap 15,2s). Con esta imagen se describe la situación de los discípulos de Jesucristo en todos los tiempos, la situación de la Iglesia en la historia de este mundo. Humanamente hablando, es una situación contradictoria en sí misma. Por un lado, se encuentra en el éxodo, en medio del Mar Rojo. En un mar que, paradójicamente, es a la vez hielo y fuego. Y ¿no debe quizás la Iglesia, por decirlo así, caminar siempre sobre el mar, a través del fuego y del frío? Considerándolo humanamente, debería hundirse. Pero mientras aún camina por este Mar Rojo, canta, entona el canto de alabanza de los justos: el canto de Moisés y del Cordero, en el cual se armonizan la Antigua y la Nueva Alianza. Mientras que a fin de cuentas debería hundirse, la Iglesia entona el canto de acción de gracias de los salvados. Está sobre las aguas de muerte de la historia y, no obstante, ya ha resucitado. Cantando, se agarra a la mano del Señor, que la mantiene sobre las aguas. Y sabe que, con eso, está sujeta, fuera del alcance de la fuerza de gravedad de la muerte y del mal —una fuerza de la cual, de otro modo, no podría escapar—, sostenida y atraída por la nueva fuerza de gravedad de Dios, de la verdad y del amor. Por el momento, la Iglesia y todos nosotros nos encontramos entre los dos campos de gravitación. Pero desde que Cristo ha resucitado, la gravitación del amor es más fuerte que la del odio; la fuerza de gravedad de la vida es más fuerte que la de la muerte. ¿Acaso no es ésta realmente la situación de la Iglesia de todos los tiempos, nuestra propia situación? Siempre se tiene la impresión de que ha de hundirse, y siempre está ya salvada. San Pablo ha descrito así esta situación: «Somos... los moribundos que están bien vivos» (2 Co 6,9). La mano salvadora del Señor nos sujeta, y así podemos cantar ya ahora el canto de los salvados, el canto nuevo de los resucitados: ¡aleluya! Amén.

**IV.  
8.****HOMILÍA de Su Santidad Benedicto  
XVI en la Santa Misa del Domingo  
de Pascua  
(12 de abril de 2009)**

Queridos hermanos y hermanas:

«Ha sido inmolado Cristo, nuestra Pascua» (1 Co 5,7). Resuena en este día la exclamación de san Pablo que hemos escuchado en la segunda lectura, tomada de la primera Carta a los Corintios. Un texto que se remonta a veinte años apenas después de la muerte y resurrección de Jesús y que, no obstante, contiene en una síntesis impresionante — como es típico de algunas expresiones paulinas — la plena conciencia de la novedad cristiana. El símbolo central de la historia de la salvación — el cordero pascual — se identifica aquí con Jesús, llamado precisamente «nuestra Pascua». La Pascua judía, memorial de la liberación de la esclavitud de Egipto, prescribía el rito de la inmolación del cordero, un cordero por familia, según la ley mosaica. En su pasión y muerte, Jesús se revela como el Cordero de Dios «inmolado» en la cruz para quitar los pecados del mundo; fue muerto justamente en la hora en que se acostumbraba a inmolar los corderos en el Templo de Jerusalén. El sentido de este sacrificio suyo, lo había anticipado Él mismo durante la Última Cena, poniéndose en el lugar — bajo las especies del pan y el vino — de los elementos rituales de la cena de la Pascua. Así, podemos decir que Jesús, realmente, ha llevado a cumplimiento la tradición de la antigua Pascua y la ha transformado en su Pascua.

A partir de este nuevo sentido de la fiesta pascual, se comprende también la interpretación de san Pablo sobre los «ázimos». El Apóstol se refiere a una antigua costumbre judía, según la cual en la Pascua había que limpiar la casa hasta de las migajas de pan fermentado. Eso formaba parte del recuerdo de lo que había pasado con los antepasados en el momento de su huída de Egipto:



teniendo que salir a toda prisa del país, llevaron consigo solamente panes sin levadura. Pero, al mismo tiempo, «los ázimos» eran un símbolo de purificación: eliminar lo viejo para dejar espacio a lo nuevo. Ahora, como explica san Pablo, también esta antigua tradición adquiere un nuevo sentido, precisamente a partir del nuevo «éxodo» que es el paso de Jesús de la muerte a la vida eterna. Y puesto que Cristo, como el verdadero Cordero, se ha sacrificado a sí mismo por nosotros, también nosotros, sus discípulos —gracias a Él y por medio de Él— podemos y debemos ser «masa nueva», «ázimos», liberados de todo residuo del viejo fermento del pecado: ya no más malicia y perversidad en nuestro corazón.

«Así, pues, celebremos la Pascua... con los panes ázimos de la sinceridad y la verdad». Esta exhortación de san Pablo con que termina la breve lectura que se ha proclamado hace poco, resuena aún más intensamente en el contexto del Año Paulino. Queridos hermanos y hermanas, acojamos la invitación del Apóstol; abramos el corazón a Cristo muerto y resucitado para que nos renueve, para que nos limpie del veneno del pecado y de la muerte y nos infunda la savia vital del Espíritu Santo: la vida divina y eterna. En la secuencia pascual, como haciendo eco a las palabras del Apóstol, hemos cantado: «Scimus Christum surrexisse / a mortuis vere» —sabemos que estás resucitado, la muerte en ti no manda. Sí, éste es precisamente el núcleo fundamental de nuestra profesión de fe; éste es hoy el grito de victoria que nos une a todos. Y si Jesús ha resucitado, y por tanto está vivo, ¿quién podrá jamás separarnos de Él? ¿Quién podrá privarnos de su amor que ha vencido al odio y ha derrotado la muerte? Que el anuncio de la Pascua se propague por el mundo con el jubiloso canto del aleluya. Cantémoslo con la boca, cantémoslo sobre todo con el corazón y con la vida, con un estilo de vida «áximo», simple, humilde, y fecundo de buenas obras. «Surrexit Christus spes mea: / precedet vos in Galileam» — ¡Resucitó de veras mi esperanza! Venid a Galilea, el Señor allí aguarda. El Resucitado nos precede y nos acompaña por las vías del mundo. Él es nuestra esperanza, Él es la verdadera paz del mundo. Amén.



**IV.  
9.****MENSAJE Urbi et Orbi de Su Santidad  
Benedicto XVI  
(12 de abril de 2009)**

Queridos hermanos y hermanas de Roma y del mundo entero:

A todos vosotros dirijo de corazón la felicitación pascual con las palabras de san Agustín: «Resurrectio Domini, spes nostra», «la resurrección del Señor es nuestra esperanza» (Sermón 261,1). Con esta afirmación, el gran Obispo explicaba a sus fieles que Jesús resucitó para que nosotros, aunque destinados a la muerte, no desesperáramos, pensando que con la muerte se acaba totalmente la vida; Cristo ha resucitado para darnos la esperanza (cf. *ibíd.*).

En efecto, una de las preguntas que más angustian la existencia del hombre es precisamente ésta: ¿qué hay después de la muerte? Esta solemnidad nos permite responder a este enigma afirmando que la muerte no tiene la última palabra, porque al final es la Vida la que triunfa. Nuestra certeza no se basa en simples razonamientos humanos, sino en un dato histórico de fe: Jesucristo, crucificado y sepultado, ha resucitado con su cuerpo glorioso. Jesús ha resucitado para que también nosotros, creyendo en Él, podamos tener la vida eterna. Este anuncio está en el corazón del mensaje evangélico. San Pablo lo afirma con fuerza: «Si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación carece de sentido y vuestra fe lo mismo». Y añade: «Si nuestra esperanza en Cristo acaba con esta vida, somos los hombres más desgraciados» (1 Co 15,14.19). Desde la aurora de Pascua una nueva primavera de esperanza llena el mundo; desde aquel día nuestra resurrección ya ha comenzado, porque la Pascua no marca simplemente un momento de la historia, sino el inicio de una condición nueva: Jesús ha resucitado no porque su recuerdo permanezca vivo en el corazón de sus discípulos, sino porque Él mismo vive en nosotros y en Él ya podemos gustar la alegría de la vida eterna.

Por tanto, la resurrección no es una teoría, sino una realidad histórica revelada por el Hombre Jesucristo mediante su «pascua», su «paso», que ha abierto una «nueva vía» entre la tierra y el Cielo (cf. Hb 10,20). No es un mito ni un sueño, no es una visión ni una utopía, no es una fábula, sino un acontecimiento único e irrepetible: Jesús de Nazaret, hijo de María, que en el crepúsculo del viernes fue bajado de la cruz y sepultado, ha salido vencedor de la tumba. En efecto, al amanecer del primer día después del sábado, Pedro y Juan hallaron la tumba vacía. Magdalena y las otras mujeres encontraron a Jesús resucitado; lo reconocieron también los dos discípulos de Emaús en la fracción del pan; el Resucitado se apareció a los Apóstoles aquella tarde en el Cenáculo y luego a otros muchos discípulos en Galilea.

El anuncio de la resurrección del Señor ilumina las zonas oscuras del mundo en que vivimos. Me refiero particularmente al materialismo y al nihilismo, a esa visión del mundo que no logra trascender lo que es constatable experimentalmente, y se abate desconsolada en un sentimiento de la nada, que sería la meta definitiva de la existencia humana. En efecto, si Cristo no hubiera resucitado, el «vacío» acabaría ganando. Si quitamos a Cristo y su resurrección, no hay salida para el hombre, y toda su esperanza sería ilusoria. Pero, precisamente hoy, irrumpe con fuerza el anuncio de la resurrección del Señor, que responde a la pregunta recurrente de los escépticos, referida también por el libro del Eclesiastés: «¿Acaso hay algo de lo que se pueda decir: “Mira, esto es nuevo?”» (Qo 1,10). Sí, contestamos: todo se ha renovado en la mañana de Pascua. “Lucharon vida y muerte en singular batalla y, muerto el que es Vida, triunfante se levanta” (Secuencia Pascual). Ésta es la novedad. Una novedad que cambia la existencia de quien la acoge, como sucedió a los santos. Así, por ejemplo, le ocurrió a san Pablo.

En el contexto del Año Paulino, hemos tenido ocasión muchas veces de meditar sobre la experiencia del gran Apóstol. Saulo de Tarso, el perseguidor encarnizado de los cristianos, encontró a Cristo resucitado en el camino de Damasco y fue «con-

quistado» por Él. El resto lo sabemos. A Pablo le sucedió lo que más tarde él escribirá a los cristianos de Corinto: «El que vive con Cristo, es una criatura nueva; lo viejo ha pasado, ha llegado lo nuevo» (2 Co 5,17). Fijémonos en este gran evangelizador, que con el entusiasmo audaz de su acción apostólica, llevó el Evangelio a muchos pueblos del mundo de entonces. Su enseñanza y su ejemplo nos impulsan a buscar al Señor Jesús. Nos animan a confiar en Él, porque ahora el sentido de la nada, que tiende a intoxicar la humanidad, ha sido vencido por la luz y la esperanza que surgen de la resurrección. Ahora son verdaderas y reales las palabras del Salmo: «Ni la tiniebla es oscura para ti / la noche es clara como el día» (139[138],12). Ya no es la nada la que envuelve todo, sino la presencia amorosa de Dios. Más aún, hasta el reino mismo de la muerte ha sido liberado, porque también al «abismo» ha llegado el Verbo de la vida, aventado por el soplo del Espíritu (v. 8).

Aunque es verdad que la muerte ya no tiene poder sobre el hombre y el mundo, quedan todavía muchos, demasiados signos de su antiguo dominio. Aunque Cristo, por la Pascua, ha extirpado la raíz del mal, necesita hombres y mujeres que lo ayuden siempre y en todo lugar a afianzar su victoria con sus mismas armas: las armas de la justicia y de la verdad, de la misericordia, del perdón y del amor. Éste es el mensaje que, con ocasión del reciente viaje apostólico a Camerún y Angola, he querido llevar a todo el Continente africano, que me ha recibido con gran entusiasmo y dispuesto a escuchar. En efecto, África sufre enormemente por conflictos crueles e interminables, a menudo olvidados, que laceran y ensangrientan varias de sus Naciones, y por el número cada vez mayor de sus hijos e hijas que acaban siendo víctimas del hambre, la pobreza y la enfermedad. El mismo mensaje repetiré con fuerza en Tierra Santa, donde tendré la alegría de ir dentro de algunas semanas. La difícil, pero indispensable reconciliación, que es premisa para un futuro de seguridad común y de pacífica convivencia, no se hará realidad sino por los esfuerzos renovados, perseverantes y sinceros para la solución del conflicto israelí-palestino. Luego, desde Tierra Santa, la mirada se ampliará a los países limítrofes, al Medio Oriente, al mundo entero. En un tiempo de carestía

global de alimentos, de desbarajuste financiero, de pobreza antiguas y nuevas, de cambios climáticos preocupantes, de violencias y miserias que obligan a muchos a abandonar su tierra buscando una supervivencia menos incierta, de terrorismo siempre amenazante, de miedos crecientes ante un porvenir problemático, es urgente descubrir nuevamente perspectivas capaces de devolver la esperanza. Que nadie se arredre en esta batalla pacífica comenzada con la Pascua de Cristo, el cual, lo repito, busca hombres y mujeres que lo ayuden a afianzar su victoria con sus mismas armas, las de la justicia y la verdad, la misericordia, el perdón y el amor.

«Resurrectio Domini, spes nostra». La resurrección de Cristo es nuestra esperanza. La Iglesia proclama hoy esto con alegría: anuncia la esperanza, que Dios ha hecho firme e invencible resucitando a Jesucristo de entre los muertos; comunica la esperanza, que lleva en el corazón y quiere compartir con todos, en cualquier lugar, especialmente allí donde los cristianos sufren persecución a causa de su fe y su compromiso por la justicia y la paz; invoca la esperanza capaz de avivar el deseo del bien, también y sobre todo cuando cuesta. Hoy la Iglesia canta «el día en que actuó el Señor» e invita al gozo. Hoy la Iglesia ora, invoca a María, Estrella de la Esperanza, para que conduzca a la humanidad hacia el puerto seguro de la salvación, que es el corazón de Cristo, la Víctima pascual, el Cordero que «ha redimido al mundo», el Inocente que nos «ha reconciliado a nosotros, pecadores, con el Padre». A Él, Rey victorioso, a Él, crucificado y resucitado, gritamos con alegría nuestro Alleluia.

**IV.  
10.****HOMILÍA del Santo Padre Benedicto  
XVI en la Solemnidad de Pentecostés  
(31 de mayo de 2009)**

Queridos hermanos y hermanas:

Cada vez que celebramos la eucaristía vivimos en la fe el misterio que se realiza en el altar; es decir, participamos en el acto supremo de amor que Cristo realizó con su muerte y su resurrección. El único y mismo centro de la liturgia y de la vida cristiana —el misterio pascual—, en las diversas solemnidades y fiestas asume “formas” específicas, con nuevos significados y con dones particulares de gracia. Entre todas las solemnidades Pentecostés destaca por su importancia, pues en ella se realiza lo que Jesús mismo anunció como finalidad de toda su misión en la tierra. En efecto, mientras subía a Jerusalén, declaró a los discípulos: “He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!” (Lc 12, 49). Estas palabras se cumplieron de la forma más evidente cincuenta días después de la resurrección, en Pentecostés, antigua fiesta judía que en la Iglesia ha llegado a ser la fiesta por excelencia del Espíritu Santo: “Se les aparecieron unas lenguas como de fuego (...) y quedaron todos llenos del Espíritu Santo” (Hch 2, 3-4). Cristo trajo a la tierra el fuego verdadero, el Espíritu Santo. No se lo arrebató a los dioses, como hizo Prometeo, según el mito griego, sino que se hizo mediador del “don de Dios” obteniéndolo para nosotros con el mayor acto de amor de la historia: su muerte en la cruz.

Dios quiere seguir dando este “fuego” a toda generación humana y, naturalmente, es libre de hacerlo como quiera y cuando quiera. Él es espíritu, y el espíritu “sopla donde quiere” (cf. Jn 3, 8). Sin embargo, hay un “camino normal” que Dios mismo ha elegido para “arrojar el fuego sobre la tierra”: este camino es Jesús, su Hijo unigénito encarnado, muerto y resucitado. A su vez, Jesucristo constituyó la Iglesia como su Cuerpo místico, para que pro-

longue su misión en la historia. “Recibid el Espíritu Santo”, dijo el Señor a los Apóstoles la tarde de la Resurrección, acompañando estas palabras con un gesto expresivo: “sopló” sobre ellos (cf. Jn 20, 22). Así manifestó que les transmitía su Espíritu, el Espíritu del Padre y del Hijo.

Ahora, queridos hermanos y hermanas, en esta solemnidad, la Escritura nos dice una vez más cómo debe ser la comunidad, cómo debemos ser nosotros, para recibir el don del Espíritu Santo. En el relato que describe el acontecimiento de Pentecostés, el autor sagrado recuerda que los discípulos “estaban todos reunidos en un mismo lugar”. Este “lugar” es el Cenáculo, la “sala grande en el piso superior” (cf. Mc 14, 15) donde Jesús había celebrado con sus discípulos la última Cena, donde se les había aparecido después de su resurrección; esa sala se había convertido, por decirlo así, en la “sede” de la Iglesia naciente (cf. Hch 1, 13). Sin embargo, los Hechos de los Apóstoles, más que insistir en el lugar físico, quieren poner de relieve la actitud interior de los discípulos: “Todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu” (Hch 1, 14). Por consiguiente, la concordia de los discípulos es la condición para que venga el Espíritu Santo; y la concordia presupone la oración.

Esto, queridos hermanos y hermanas, vale también para la Iglesia hoy; vale para nosotros, que estamos aquí reunidos. Si queremos que Pentecostés no se reduzca a un simple rito o a una conmemoración, aunque sea sugestiva, sino que sea un acontecimiento actual de salvación, debemos disponernos con religiosa espera a recibir el don de Dios mediante la humilde y silenciosa escucha de su Palabra. Para que Pentecostés se renueve en nuestro tiempo, tal vez es necesario —sin quitar nada a la libertad de Dios— que la Iglesia esté menos “ajetreada” en actividades y más dedicada a la oración.

Nos lo enseña la Madre de la Iglesia, María santísima, Esposa del Espíritu Santo. Este año Pentecostés cae precisamente el último día de mayo, en el que de ordinario se celebra la fiesta de

la Visitación. También la Visitación fue una especie de pequeño “pentecostés”, que hizo brotar el gozo y la alabanza en el corazón de Isabel y en el de María, una estéril y la otra virgen, ambas convertidas en madres por una intervención divina extraordinaria (cf. Lc 1, 41-45). También la música y el canto que acompañan nuestra liturgia nos ayudan a “perseverar en la oración con un mismo espíritu”; por eso, expreso mi viva gratitud al coro de la catedral y a la Kammerorchester de Colonia. Para esta liturgia, en el bicentenario de la muerte de Joseph Haydn, se eligió muy oportunamente su Harmoniemesse, la última de las “Misas” que compuso ese gran músico, una sinfonía sublime para gloria de Dios. A todos los que os habéis reunido aquí en esta circunstancia os dirijo mi más cordial saludo.

Los Hechos de los Apóstoles, para indicar al Espíritu Santo, utilizan dos grandes imágenes: la de la tempestad y la del fuego. Claramente, san Lucas tiene en su mente la teofanía del Sinaí, narrada en los libros del Éxodo (Ex 19, 16-19) y el Deuteronomio (Dt 4, 10-12.36). En el mundo antiguo la tempestad se veía como signo del poder divino, ante el cual el hombre se sentía subyugado y aterrizado. Pero quiero subrayar también otro aspecto: la tempestad se describe como “viento impetuoso”, y esto hace pensar en el aire, que distingue a nuestro planeta de los demás astros y nos permite vivir en él. Lo que el aire es para la vida biológica, lo es el Espíritu Santo para la vida espiritual; y, como existe una contaminación atmosférica que envenena el ambiente y a los seres vivos, también existe una contaminación del corazón y del espíritu, que daña y envenena la existencia espiritual. Así como no conviene acostumbrarse a los venenos del aire —y por eso el compromiso ecológico constituye hoy una prioridad—, se debería actuar del mismo modo con respecto a lo que corrompe el espíritu. En cambio, parece que nos estamos acostumbrando sin dificultad a muchos productos que circulan en nuestras sociedades contaminando la mente y el corazón, por ejemplo imágenes que enfatizan el placer, la violencia o el desprecio del hombre y de la mujer. También esto es libertad, se dice, sin reconocer que todo eso contamina, intoxica el alma, sobre todo de las nuevas generaciones, y acaba por condi-



cionar su libertad misma. En cambio, la metáfora del viento impenso de Pentecostés hace pensar en la necesidad de respirar aire limpio, tanto con los pulmones, el aire físico, como con el corazón, el aire espiritual, el aire saludable del espíritu, que es el amor.

La otra imagen del Espíritu Santo que encontramos en los Hechos de los Apóstoles es el fuego. Al inicio aludí a la comparación entre Jesús y la figura mitológica de Prometeo, que recuerda un aspecto característico del hombre moderno. Al apoderarse de las energías del cosmos —el “fuego”—, parece que el ser humano hoy se afirma a sí mismo como dios y quiere transformar el mundo, excluyendo, dejando a un lado o incluso rechazando al Creador del universo. El hombre ya no quiere ser imagen de Dios, sino de sí mismo; se declara autónomo, libre, adulto. Evidentemente, esta actitud revela una relación no auténtica con Dios, consecuencia de una falsa imagen que se ha construido de él, como el hijo pródigo de la parábola evangélica, que cree realizarse a sí mismo alejándose de la casa del padre. En las manos de un hombre que piensa así, el “fuego” y sus enormes potencialidades resultan peligrosas: pueden volverse contra la vida y contra la humanidad misma, como por desgracia lo demuestra la historia. Como advertencia perenne quedan las tragedias de Hiroshima y Nagasaki, donde la energía atómica, utilizada con fines bélicos, acabó sembrando la muerte en proporciones inauditas.

En verdad, se podrían encontrar muchos ejemplos menos graves, pero igualmente sintomáticos, en la realidad de cada día. La Sagrada Escritura nos revela que la energía capaz de mover el mundo no es una fuerza anónima y ciega, sino la acción del “espíritu de Dios que aleteaba por encima de las aguas” (Gn 1, 2) al inicio de la creación. Y Jesucristo no “trajo a la tierra” la fuerza vital, que ya estaba en ella, sino el Espíritu Santo, es decir, el amor de Dios que “renueva la faz de la tierra” purificándola del mal y librándola del dominio de la muerte (cf. Sal 104, 29-30). Este “fuego” puro, esencial y personal, el fuego del amor, vino sobre los Apóstoles, reunidos en oración con María en el Cenáculo, para hacer de la Iglesia la prolongación de la obra renovadora de Cristo.



Los Hechos de los Apóstoles nos sugieren, por último, otro pensamiento: el Espíritu Santo vence el miedo. Sabemos que los discípulos se habían refugiado en el Cenáculo después del arresto de su Maestro y allí habían permanecido segregados por temor a padecer su misma suerte. Después de la resurrección de Jesús, su miedo no desapareció de repente. Pero en Pentecostés, cuando el Espíritu Santo se posó sobre ellos, esos hombres salieron del Cenáculo sin miedo y comenzaron a anunciar a todos la buena nueva de Cristo crucificado y resucitado. Ya no tenían miedo alguno, porque se sentían en las manos del más fuerte.

Sí, queridos hermanos y hermanas, el Espíritu de Dios, donde entra, expulsa el miedo; nos hace conocer y sentir que estamos en las manos de una Omnipotencia de amor: suceda lo que suceda, su amor infinito no nos abandona. Lo demuestra el testimonio de los mártires, la valentía de los confesores de la fe, el ímpetu intrépido de los misioneros, la franqueza de los predicadores, el ejemplo de todos los santos, algunos incluso adolescentes y niños. Lo demuestra la existencia misma de la Iglesia que, a pesar de los límites y las culpas de los hombres, sigue cruzando el océano de la historia, impulsada por el soplo de Dios y animada por su fuego purificador.

Con esta fe y esta gozosa esperanza repitamos hoy, por intercesión de María: “Envía tu Espíritu, Señor, para que renueve la faz de la tierra”.

**IV.  
II.****INDULGENCIAS CON OCASIÓN DEL  
AÑO SACERDOTAL, Penitenciaría  
Apostólica  
(25 de abril de 2009)**

Como se anunció, el Papa Benedicto XVI decidió convocar un Año sacerdotal especial con ocasión del 150 aniversario de la muerte de san Juan María Vianney, cura de Ars, modelo luminoso de pastor, entregado completamente al servicio del pueblo de Dios. Durante este Año sacerdotal, que comenzará el 19 de junio de 2009 y se concluirá el 19 de junio de 2010, se concede el don de indulgencias especiales, de acuerdo con lo que se especifica en el siguiente Decreto de la Penitenciaría apostólica.

**DECRETO**

Se enriquecen con el don de sagradas indulgencias algunas prácticas de piedad que se realicen durante el Año sacerdotal convocado en honor de san Juan María Vianney.

Ya se acerca el día en que se conmemorará el 150° aniversario de la piadosa muerte de san Juan María Vianney, cura de Ars, que aquí en la tierra fue un admirable modelo de auténtico pastor al servicio de la grey de Cristo.

Dado que su ejemplo ha impulsado a los fieles, y principalmente a los sacerdotes, a imitar sus virtudes, el Sumo Pontífice Benedicto XVI ha establecido que, con esta ocasión, desde el 19 de junio de 2009 hasta el 19 de junio de 2010 se celebre en toda la Iglesia un Año sacerdotal especial, durante el cual los sacerdotes se fortalezcan cada vez más en la fidelidad a Cristo con piadosas meditaciones, prácticas de piedad y otras obras oportunas.

Este tiempo sagrado comenzará con la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, Jornada de santificación de los sacerdotes, cuando el Sumo Pontífice celebre las Vísperas ante las sagradas reli-

quias de san Juan María Vianney, traídas a Roma por el obispo de Belley-Ars. Benedicto XVI concluirá el Año sacerdotal en la plaza de San Pedro, en presencia de sacerdotes procedentes de todo el mundo, que renovarán su fidelidad a Cristo y su vínculo de fraternidad.

Esfuércense los sacerdotes, con oraciones y obras buenas, por obtener de Cristo, sumo y eterno Sacerdote, la gracia de brillar por la fe, la esperanza y la caridad, y otras virtudes, y muestren con su estilo de vida, pero también con su aspecto exterior, que están plenamente entregados al bien espiritual del pueblo, que es lo que la Iglesia siempre ha buscado por encima de cualquier otra cosa.

Para conseguir mejor este fin, ayudará en gran medida el don de las sagradas indulgencias que la Penitenciaría apostólica, con este Decreto, promulgado de acuerdo con la voluntad del Sumo Pontífice, otorga benignamente durante el Año sacerdotal.

**A.** A los sacerdotes realmente arrepentidos, que cualquier día recen con devoción al menos las Laudes matutinas o las Vísperas ante el Santísimo Sacramento, expuesto a la adoración pública o reservado en el sagrario, y, a ejemplo de san Juan María Vianney, se ofrezcan con espíritu dispuesto y generoso a la celebración de los sacramentos, sobre todo al de la Penitencia, se les imparte misericordiosamente en Dios la indulgencia plenaria, que podrán aplicar también a los presbíteros difuntos como sufragio si, de acuerdo con las normas vigentes, se acercan a la confesión sacramental y al banquete eucarístico, y oran según las intenciones del Sumo Pontífice.

A los sacerdotes se les concede, además, la indulgencia parcial, también aplicable a los presbíteros difuntos, cada vez que recen con devoción oraciones aprobadas, para llevar una vida santa y cumplir santamente las tareas a ellos encomendadas.

**B.** A todos los fieles realmente arrepentidos que, en una iglesia u oratorio, asistan con devoción al sacrificio divino de la misa y ofrezcan por los sacerdotes de la Iglesia oraciones a Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote, y cualquier obra buena realizada ese día, para que los santifique y los modele según su Corazón, se les concede la indulgencia plenaria, a condición de que hayan

expiado sus pecados con la penitencia sacramental y hayan elevado oraciones según la intención del Sumo Pontífice: en los días en que se abre y se clausura el Año sacerdotal, en el día del 150° aniversario de la piadosa muerte de san Juan María Vianney, en el primer jueves de mes o en cualquier otro día establecido por los Ordinarios de los lugares para utilidad de los fieles.

Será muy conveniente que, en las iglesias catedrales y parroquiales, sean los mismos sacerdotes encargados del cuidado pastoral quienes dirijan públicamente estas prácticas de piedad, celebren la santa misa y confiesen a los fieles.

También se concederá la indulgencia plenaria a los ancianos, a los enfermos y a todos aquellos que por motivos legítimos no puedan salir de casa, si con el espíritu desprendido de cualquier pecado y con la intención de cumplir, en cuanto les sea posible, las tres acostumbradas condiciones, en su casa o donde se encuentren a causa de su impedimento, en los días antes determinados rezan oraciones por la santificación de los sacerdotes, y ofrecen con confianza a Dios, por medio de María, Reina de los Apóstoles, sus enfermedades y las molestias de su vida.

Por último, se concede la indulgencia parcial a todos los fieles cada vez que recen con devoción en honor del Sagrado Corazón de Jesús cinco padrenuestros, avemarías y glorias, u otra oración aprobada específicamente, para que los sacerdotes se conserven en pureza y santidad de vida.

Este Decreto tiene vigor a lo largo de todo el Año sacerdotal. No obstante cualquier disposición contraria.

Dado en Roma, en la sede de la Penitenciaría apostólica, el 25 de abril, fiesta de San Marcos evangelista, año de la encarnación del Señor 2009.

**Cardenal James Francis Stafford**  
Penitenciario mayor

**Gianfranco Girotti, o.f.m.conv.**  
Obispo titular de Meta, Regente

## **ASIDONIA LIBRERÍA DIOCESANA**

C/. Eguiluz - Teléfono 956 16 89 13

11402 JEREZ DE LA FRONTERA

- Bibliografía religiosa clásica y de actualidad
- Audiovisuales y vídeos
- CD's y cassettes
- Ornamentos litúrgicos
- Objetos litúrgicos
- Crucifijos e imágenes
- Iconos
- Posters
- Estampas y postales

# ***INTELSUR, S.L.***

**MEGAFONÍA PROFESIONAL**



Distribuidor oficial de:

**UDE**

***BOUYER***

**LE REALIZAMOS ESTUDIOS ACÚSTICOS  
Y RESOLVEMOS TODOS LOS PROBLEMAS DE SONIDO  
EN SU TEMPLO O LOCAL**

**Ecos, acoplamientos, reverberaciones, etc.  
con los medios técnicos más avanzados.**

**Especialistas en centros de:  
ENSEÑANZA, RELIGIOSOS Y DE CULTO**

C/. REPÚBLICA SAHARAUI, 31

TELÉFONO 956 34 78 46

FAX 956 34 78 46

MÓVIL 607 51 20 38

e-mail: [intelsur@telefonica.net](mailto:intelsur@telefonica.net)

11406 **JEREZ**